

José Carlos Mariátegui La Chira
Obras Completas Cronológicas
Volumen 4



Artículos
(1925 enero-junio)

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por
Octavio Obando Morán]

Producción cronológica

- .Un congreso de escritores hispano-americanos (Mundial del 1 de ene de 1925). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .El caso Raymond Radiguet (Variedades del 3 de ene de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Dos concepciones de la vida (Mundial del 9 de ene de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Rebindranath Tagore (Variedades del 10 de ene 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El hombre y el mito (Mundial del 16 de ene de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Política alemana (Variedades del 17 de ene de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (20 de enero 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, P.74.
- .Rusia vista por Herriot y Monzie (Mundial del 23 de ene de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .La batalla liberal en Italia (Variedades del 24 de ene de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .La revisión de la obra de Anatole France (Mundial del 30 de ene de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El partido bolchevique y Trotsky (Variedades del 31 de ene de 1925). Volumen 16 de las completas populares.
- .Vidas paralelas: E. D. Morel-Pedro Zulen (Mundial del 6 de feb de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.

- .El ultra-fascismo. Sus teóricos y sus condottieres (Variedades del 7 de feb de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .La perspectiva de la política chilena (Mundial del 13 de feb de 1925). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Lunatcharsky (Variedades del 15 de feb de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Divagaciones sobre el tema de la latinidad (Mundial del 20 de feb de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares (dejó de pertenecer al volumen 3)).
- .Política socialista en Italia (Variedades del 21 de feb de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El proceso del Directorio (Variedades del 21 de feb de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Serpentinas (Mundial del 27 de feb de 1925). Volumen 4 de las obras completas populares.
- ."La elección de Hindeburg", (Variedades, 2 de mar de 1925), Volumen 16 de las obras completas populares
- .El éxito mundano de Beltrán Masses (Mundial del 6 de mar de 1925).volumen 6 de las obras completas populares.
- .La pobreza de la Biblioteca Nacional (Variedades del 13 de mar de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Romanones y el frente constitucional en España (Variedades del 14 de mar de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Nueva literatura Rusa (Variedades del 20 de mar de 1925).Consta en la B-b de Rouillón.
- .La lucha final (Mundial del 20 de mar de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (23 de mar de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.75.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (25 de mar de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.76.
- .Sun Yat-sen (Variedades del 28 de mar de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .La cultura Italiana (Boletín Bibliográfico de la UMSM, mar de 1925) Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Roma y el arte gótico (s/f). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Don Pedro López Aliaga (Mundial del 3 de abr de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Caillaux y la actualidad política francesa (Variedades del 4 de abr de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (6 de abr de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo 1, p.77-78.

- .El caso Jacques Sadoul, Mundial del 17 de abr de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El artista y la época (Mundial del 10 de abr de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares (retirado del 6 e incorporado al volumen 3)
- .Política francesa: el sector socialista (Variedades del 11 de abr de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (13 de abr de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.79.
- .Política francesa: la crisis ministerial (Variedades del 18 de abr de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (20 de abr de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.80.
- .El libro y las aventuras de Fernando Ossendowski (Variedades del 24 de abr de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Política francesa: El ministro Painlevé (Variedades del 25 de abr de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Un congreso más panamericano que científico (Mercurio Peruano de mar-abr de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .¿Existe un pensamiento hispano-americano? (Mundial del 1 de may de 1925).volumen 12 de las obras completas populares.
- .De Carlos Mariátegui a Ricardo Vega Garcia (Carta) (5 de may de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.81.
- .El ibero-americanismo y el pan-americanismo (Mundial del 8 de may de 1925).volumen 12 de las obras completas populares.
- .Política francesa: el sector comunista (Variedades del 9 de may de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (11 de may de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.82.
- .Introducción a un estudio sobre el problema de la Educación Publica (Mundial del 15 de may de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La escena húngara (Variedades del 16 de may de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .La libertad de la enseñanza (Mundial del 22 de may de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .”Los maestros y las nuevas corrientes”. (Mundial, 22 de may de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares
- .El nuevo libro de Henry Barbusse. (Variedades del 23 de may de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .La enseñanza y la economía (Mundial del 29 de may de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Philippe Soupault (Variedades del 29 de may de 1925). Volumen 7 de las obras completas populares.

- .”El nuevo espíritu y la escuela”. (Mundial del 29 de mayo de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares
- .Fridtjof Nansen, el caballero andante de la paz (Variedades del 30 de mayo de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (30 de mayo de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.83.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (mayo de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.84.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (3 de junio de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.85.
- .Enseñanza única y enseñanza de clase (Mundial del 5 de junio de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .¿Qué prepara Ud? (Encuesta). (Variedades del 6 de junio de 1925). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .El debate de las deudas inter-aliadas. (Variedades del 6 de junio de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (8 de junio de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.86.
- .La escena checoslovaca (Variedades del 13 de junio de 1925). Volumen 16 de las completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (carta) (16 de junio de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.87.
- .El paisaje italiano (Mundial del 19 de junio de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Anita Chiappe de Mariátegui (Carta) (19 de junio de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.88.
- .George Grosz (Variedades del 20 de junio de 1925).Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Interpretación de Roma. Las tres Romas (Mundial del 26 de junio de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El renacimiento judío (Variedades del 27 de junio de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.

- UN CONGRESO DE ESCRITORES HISPANO-AMERICANOS*

Edwin Elmore, escritor de inquieta inteligencia y de espíritu fervoroso, propugna la reunión de un congreso libre de intelectuales hispano-americanos. El anhelo de Elmore no se detiene, naturalmente, en la mera aspiración de un congreso. Elmore formula la idea de una organización del pensamiento hispano-americano. El congreso no sería sino un instrumento de esta idea. La iniciativa de Elmore merece ser seriamente examinada y discutida en la prensa. Luis Araquistain ha abierto este debate, en *El Sol de Madrid*, en un artículo en el cual declara su adhesión a la iniciativa. Los comentarios de Araquistain tienden, además, a precisarla y esclarecerla. Elmore habla de un congreso de intelectuales. Araquistain restringe «este equívoco y a veces presuntuoso vocablo a su acepción corriente de hombres de letras». La adhesión de Araquistain es entusiasta y franca. «El solo encuentro -escribe Araquistain- de un grupo de hombres procedentes de una veintena de naciones, dedicados por profesión a algunas de las formas más delicadas de una cultura, a la creación artística o al pensamiento original, y ligados, sobre todo personalismo, por un sentimiento de homogeneidad espiritual, multiforme en sus variedades nacionales e individuales, sería ya un espléndido principio de organización. No hay inteligencia mutua ni obra común si los hombres no se conocen antes como hombres».

En el Perú, la proposición de Elmore difundida desde hace algunos meses

entre los hombres de letras de varios países hispano-americanos, no ha sido todavía debidamente divulgada y estudiada. No he leído, a este respecto, sino unas notas de Antonio G. Garland -intelectual reacio por temperamento y por educación a toda criolla "conjuración del silencio"- aplaudiendo y exaltando el congreso propuesto.

Me parece oportuno y conveniente participar en este debate hispano-americano, aunque no sea sino para que la contribución peruana a su éxito, por la pereza o el desdén con que nuestros intelectuales se comportan generalmente ante estos temas, no resulte demasiado exigua. La cuestión fundamental del debate —la organización del pensamiento hispano-americano— reclama atención y estudio, lo mismo que la cuestión accesoria -la reunión de un congreso dirigido a este fin-. A su examen deben concurrir todos los que puedan hacer alguna reflexión útil. No se trata, evidentemente, de un vulgar caso de compilación o de cosecha de adhesiones. Una recolección de pareceres, más o menos unánimes y uniformes, sería, sin duda, una cosa muy pobre y muy monótona. Sería, sobre todo, un resultado demasiado incompleto para la noble fatiga de Edwin Elmore. Que opinen todos los escritores, los que comparten y los que no. comparten las esperanzas de Elmore y de los fautores de su iniciativa. Yo, por ejemplo, soy de los que no las comparten. No creo, por ahora, en la fecundidad de un congreso de hombres de letras hispano-americanos. Pero simpatizo con la discusión de este proyecto. Juzgo, por otra parte, que polemizar con una tesis es, tal vez, la mejor manera de estimularla y hasta de servirla. Lo peor que le podría acontecer a la de Elmore sería que todo el mundo la aceptase y la suscribiese sin ninguna discrepancia. La unanimidad es siempre infecunda.

Me declaro escéptico respecto a los probables resultados del Congreso en proyecto. Mi escepticismo no tiene, por supuesto, las mismas razones que las del poeta Leopoldo Lugones. (Ha dicho Elmore, quien ha interrogado a muchos intelectuales hispano-americanos, que Lugones se ha mostrado «si no por completo, casi del todo escéptico en cuanto a la idea». Más tarde, Lugones, en una fiesta literaria del Centenario de Ayacucho, nos ha definido explícita y claramente su actitud espiritual -actitud inequívocamente nacionalista, reaccionaria, filofascista sobre la cual podía habernos antes inducido en error la colaboración del poeta argentino en la Sociedad de las Naciones).

Pienso, en primer lugar, que el sino de estos congresos es el de concluir desnaturalizados y desvirtuados por las especulaciones del íbero-americanismo profesional. Casi inevitablemente, estos congresos degeneran en vacuas academias, esterilizadas por el íbero-americanismo

formal y retórico de gente figurativa e histrionesca. Ciertamente Elmore propone un "congreso libre" y que Araquistain agrega, precisando el término, "libre, es decir, fuera de todo patrocinio oficial". Pero el propio Araquistain sostiene, en seguida, que «no estaría demás invitar a las organizaciones de hombres de letras ya existentes: Sociedades de Autores Dramáticos, Asociaciones de Escritores, P.E.N. Clubs de Lengua Castellana y Portuguesa, Asociaciones de la Prensa, etc.». La heterogeneidad de la composición del congreso aparece, pues, prevista y admitida desde ahora por los mismos escritores de homogeneidad espiritual. Los cortesanos intelectuales del poder y del dinero invadirían la Asamblea adulterándola y mistificándola. Porque, ¿cómo calificar, cómo filtrar a los escritores? ¿Cómo decidir sobre su capacidad y título para participar en el Congreso?

Estas no son simples objeciones de procedimiento o de forma. Enfocan la cuestión misma de la posibilidad de actuar, práctica y eficazmente, la iniciativa de Edwin Elmore. Yo creo que ésta es la primera cuestión que hay que plantearse. Que conviene averiguar, previamente, antes de avanzar en la discusión de la idea, si existe o no la posibilidad de realizarla. No digo de realizarla en toda su pureza y en toda su integridad, pero si, al menos, en sus rasgos esenciales, La deformación práctica de la idea del Congreso de Escritores Hispano-Americanos traería aparejada ineluctablemente la de sus fines y la de su función. De una asamblea intelectual, donde prevaleciese numérica y espiritualmente la copiosa fauna de grafómanos y retores tropicales y mega-lómanos, que tan propicio clima encuentra en nuestra América, podría salir todo, menos un esbozo vital de organización del pensamiento hispano-americano. Medítelo Edwin Elmore, a quien estoy seguro que el fin preocupe mucho más que el instrumento.

Viene luego otra cuestión: la de la oportunidad. Vivimos en un período de plena beligerancia ideológica. Los hombres que representan una fuerza de renovación no pueden concertarse ni confundirse, ni aun eventual o fortuitamente, con los que representan una fuerza de conservación o de regresión. Los separa un abismo histórico. Hablan un lenguaje diverso y no tienen una intuición común de la historia. El vínculo intelectual es demasiado frágil y hasta un tanto abstracto. El vínculo espiritual es, en todo caso, mucho más potente y válido.

¿Quiere decir esto que yo no crea en la urgencia de trabajar por la unidad de Hispano-América Todo lo contrario. En un artículo reciente, me he declarado propugnador de esa unidad. Nuestro tiempo -he escrito- ha creado en la América española una comunicación viva y extensa: la que ha establecido entre las juventudes la emoción revolucionaria. Más bien

espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia.

Pienso que hay que juntar a los afines, no a los dispares. Que hay que aproximar a los que la historia quiere que estén próximos. Que hay que solidarizar a los que la historia quiere que sean solidarios. Esta me parece la única coordinación posible. La sola inteligencia con un preciso y efectivo sentido histórico.

Hablar vaga y genéricamente de la organización del pensamiento hispano-americano es, hasta cierto punto, fomentar un equívoco. Un equívoco análogo al de ese íbero-americanismo de uso externo que todos sabemos tan artificial y tan ficticio; pero que muy pocos nos negamos explícitamente a sostener con nuestro consenso. Creando ficciones y mitos, que no tienen siquiera el mérito de ser una grande, apasionada y sincera utopía, no se consigue, absolutamente, unir a estos pueblos. Más probable es que se consiga separarlos, puesto que se nubla con confusas ilusiones su verdadera perspectiva histórica.

Conviene considerar estos temas con un criterio más objetivo, más realista. Por haber sido tratados casi siempre superficial o románticamente, apenas están desflorados. Dejo para otro día la cuestión de la posibilidad y de la necesidad de organizar el pensamiento hispano-americano. Creo indispensable, ante todo, formular una interrogación elemental. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? He aquí un punto que debe esclarecer este debate.

* Publicado en Mundial: Lima, 19 de Enero de 1925.

- EL CASO RAYMOND RADIGUET*

Es posible ignorar a Raymond Radiguet. Pero no es lícito ignorar el mayor suceso editorial de este tiempo: *Le Diable au Corps* y *Le Bal du Comte d'Orgel*,* novelas de Raymond Radiguet. Me ha tocado leer estas novelas en su 112ª edición. Las librerías de París han vendido, en sólo quince días, cincuenta mil ejemplares de *Le Bal du Comte d'Orgel*. Ningún otro libro, contemporáneo ha tenido igual suerte. [* *El Diablo en el cuerpo* y *El Baile del Conde de Orgel*. Pero más fundado y razonable es creer absurdas ambas hipótesis, contrarias a la buena reputación de Radiguet o de su librero. Seguramente, Radiguet ha muerto del modo más natural. Era un hombre nacido para producir una novela con fisonomía de chef d'oeuvre.* Escrito el chef d'oeuvre, Radiguet tenía que morir. No le quedaba nada que hacer en el mundo. El objeto de su vida estaba cumplido. Jean Cocteau acepta implícitamente esta opinión en el prefacio de *Le Bal du Comte d'Orgel*. «No acuséis al destino -dice Cocteau-. No habléis de injusticia. Radiguet era de la raza grave en la cual la edad se desenvuelve demasiado rápida hasta el fin». La vida de Radiguet, en suma, no ha sido una vida frustrada. Ha sido, simplemente, una vida breve. ¿Por qué todas las vidas deben durar, regularmente, sesenta o setenta años? ¿Por qué todos los hombres deben morir arterioesclerosos? Esto, además de ser muy monótono, tendría muchos inconvenientes. La medicina, por ejemplo, carecería de pretextos para progresar].

Radiguet no ha conocido su éxito. Murió, antes de llegar a los veintiún años, el 12 de diciembre del año último. Su triunfo, su fama, son en gran parte una consecuencia de su muerte. Si Radiguet viviese todavía, sus novelas no habrían arribado a la 112ª edición. El público no sentiría ninguna impaciencia por leerlas ni la crítica por comentarlas. *Le Bal du Comte d'Orgel* no sería un libro afamado. Radiguet viviría un poco desconocido. Es, sin duda, por convenir a su gloria y a su editor que Radiguet ha muerto.

Puede hasta formularse dos hipótesis sobre su muerte: Primera, que

Radiguet, consciente de haber escrito su obra maestra, y deseoso de valorizarla, haya muerto voluntariamente. (De la vanidad de los literatos cabe esperar todo). Segunda, que Radiguet haya sido sigilosamente asesinado por su librero. (De la réclame moderna hay que temerlo también todo).

Es probable, sin embargo, que Radiguet hubiese podido vivir un poco más. Le habría bastado con aplazar su obra maestra. Antes de producirla Radiguet no podía morir. Pero el parto fatal tenía indefectiblemente que hacer saltar en pedazos el resorte de su vida. ¿Por qué se apresuró Radiguet a hacer su chef d'oeuvre? La impaciencia, la prisa, la curiosidad, lo han matado. ¡Pobre garzón imprudente, víctima de la nerviosidad de su tiempo! Su historia es -más acelerada y menos sentimental-, la melancólica historia del hombre de cerebro de oro de Alfonso Daudet. [* Obra maestra]

Mas Radiguet ha sido un hombre de cerebro de oro muy siglo veinte. Radiguet ha muerto precozmente; pero ha ganado la celebridad precozmente también. La fama es esquiva a los jóvenes. En este siglo la fama camina más velozmente. La civilización la ha electrificado. Le ha quitado su cansada cuadriga y le ha puesto un motor de 1,000 H.P. Pero, a pesar de esto, la fama llega siempre en otoño. La primavera no es la estación de la fama. Pocos hombres asisten al espectáculo de su propia gloria.

No clasifiquemos, simplistamente, a Radiguet como un niño prodigio. Radiguet no tenía simpatía por este término. Poco antes de su muerte escribía lo que sigue: «¿Qué familia no posee su niño prodigio? Ellas han inventado la palabra. Existen niños prodigios como hay hombres prodigios. Rara vez son los mismos. La edad no es nada. Es la obra de Rimbaud y no la edad a la cual Rimbaud la escribió lo que me asombra. Todos los grandes poetas han escrito a los diecisiete años. Los más grandes son aquellos que logran hacerlo olvidar».

A los dieciocho años Radiguet concluía *Le Diable au Corps* y colaboraba con dos artistas como Jean Cocteau y Erik Satie en una Opera cómica. A los veinte años terminaba *Le Bal du Comte d'Orgel*. No le llamemos, sin embargo, niño prodigio. Respetemos su desdén por esta calificación.

Las novelas de Radiguet reflejan el humor escéptico y humorista de la literatura de la decadencia burguesa. En la escena de esta literatura se mueven, pulcra y amaneradamente, las pequeñas almas de la poesía de Paul Gerdely. El ideal de estas pequeñas almas es, como dice un crítico de Gerdely, *vivre avec douceur*.* Los griegos gustaban de vivir serenamente;

los hiperestésicos burgueses occidentales de la urbe quieren vivir dulcemente. La serenidad es demasiado grave y fuerte para estas pequeñas almas, ávidas y golosas de dulzura. De la vida de las petites ames** está excluido todo lo heroico, todo lo épico, todo lo clamoroso. *Le Diable au Corps* es una novela del tiempo bélico. Pero la emoción de la guerra no aparece nunca en ninguna de sus escenas, en ninguna de sus páginas. Es, sin embargo, la novela de un adulterio que se incuba en la atmósfera de la guerra. Una joven recién casada se entrega a un adolescente tímido. El marido, cuya vida permanece extraña al argumento y al ambiente de la novela, se bate en el frente. La luna de miel de los esposos ha sido exigua y torpe. En cambio, la luna de miel de los adúlteros, es larga y exquisita. Raymond Radiguet nos hace gustar, a pequeños sorbos, la historia de este pecado más bien inocente que perverso. La protagonista es una Madame Bovary menos provinciana, menos jugosa que la de Flaubert. El armisticio destruye la felicidad de la pareja adúltera. En esta novela, la guerra es el bienestar; la paz es el drama. Mas el drama mismo transcurre suavemente, sin estertor, sin violencia. [* Vivir con dulzura. ** Pequeñas almas]

Le Bal du Comte d'Orgel, pertenece a la post-guerra. Pero el hálito acre de la crisis post-bélica tampoco sacude las almas ni las cosas. Se trata de una casta comedia de amor jugada en un escenario sensual, frívolo y elegante. Estamos de nuevo en el mundo de las "pequeñas almas". *Piccolo mondo moderno*.* Irrumpe de repente en la tertulia del Conde d'Orgel un emigrado ruso. Pero con este gentil-hombre no llega ninguna pasión, ningún grito, ningún eco del drama de Rusia. El huésped del Conde d'Orgel es demasiado correcto para desgarrar la plácida frivolidad de la tertulia con una acérrima diatriba antibolchevique. El emigrado se comporta discreta y gentilmente. No habla con odio, no habla con resentimiento siquiera de los bolcheviques. Casi los excusa, casi los comprende. Es un hombre que sabe que ninguna ruda pasión humana debe penetrar en un salón de buen tono. Es un hombre relativista y escéptico. La revolución lo ha empobrecido, lo ha arruinado; pero no le ha hecho perder el ademán aristocrático. [* Pequeño mundo moderno]

Tales son las *dramatis persone*** de las novelas de Raymond Radiguet. Personajes, cosas, gustos y emociones de una época de decadencia. Ambiente y mundo de Proust, menos mórbidos, más sanos; pero con la misma tibia temperatura lánguida. Radiguet ha hecho, a su modo, novela psicológica. Novela de matices sutiles que analiza minuciosa y finamente el proceso de un sentimiento, la trayectoria de una pasión generalmente moderada y contenida. Novela que no enfoca sino un episodio, en vez de enfocar, como el folletín, toda una vida que se enlaza a cien vidas diferentes y confusas. Novela en la cual cada hombre es el prota-gonista de

su propio drama y es el eje de su propio mundo. El literato de este estilo no intenta jamás aprehender un vasto paisaje humano. Su arte es como el de esos pintores modernos, que, con un gusto un poco ascético, repiten en innumerables cuadros la misma naturaleza muerta. [** Personajes del drama]

* Publicado en Variedades Lima, 3 de Enero de 1925.

- POLÍTICA ALEMANA*

Las elecciones de diciembre no han modificado el problema parlamentario de Alemania. La posición de los partidos en el Reichstag no ha variado fundamentalmente. Vana ha sido esta nueva movilización de fuerzas electorales. El problema sigue planteado casi en los mismos términos que antes. Ningún bando ha vencido. La lucha tiene el fatigante proceso de una guerra de trincheras.

Para comprender esta lucha, conviene recordar previamente la demarcación de los sectores electorales y parlamentarios alemanes. Revistemos rápidamente los partidos y las tendencias.

La extrema derecha está formada por el partido fascista o Deutsch Voelkish, que comanda, marcialmente, el generalísimo Ludendorff. Viene luego el partido Deutsch National o pangermanista que reúne en sus rangos a los Junkers, a los grandes terratenientes y a todos los conservadores de tipo clásico. Militan en esta facción reaccionaria y anti-semita Von Tirpitz y otros monarquistas conspicuos. El plan Dawes dividió a los pangermanistas en dos fracciones. Una fracción se mantuvo fiel a la plataforma electoral del partido, agresivamente adversa a la aceptación del plan Dawes. La otra fracción abandonó esa plataforma intransigente. La derecha termina en el partido populista (Volks-Partei) acaudillado actualmente por Stresseman. Este partido es el órgano político de la gran

industria. En sus filas maniobraba Hugo Stinnes. Programáticamente monarquista, acepta la república como un régimen eventual y transitorio. Una parte de los populistas propugna la coalición con los pangermanistas; otra parte se inclina a la colaboración con los grupos centristas.

Constituyen el centro los católicos y los demócratas. En el partido católico se destacan las figuras de los ex-cancilleres Marx y Wirth. La composición social del partido católico es heterogénea. Su cúspide es burguesa; su base, proletaria. Los sindicatos de obreros católicos trabajan por una política social-democrática; la burguesía católica, en tanto, se resiste a romper con las derechas. El partido demócrata es el partido de Bernstoff y del "Berliner Tageblatt". Una bala nacionalista abatió en 1922 a su gran líder Walther Rathenau. Los demócratas tienden, en su mayoría, a la colaboración con los socialistas. Católicos y demócratas defienden la república contra la reacción monarquista.

La izquierda es, por antonomasia, el sector de la social-democracia. Está constituida por el partido socialista unificado. Los hombres más destacados de su estado mayor son Müller, Scheidemann, Hilferding, Breischeidt, Crispian, Ebert. Los socialistas forman el grupo más fuerte del nuevo Reichstag. En las elecciones de noviembre han conquistado 130 asientos. La extrema izquierda es el sector del comunismo. El partido comunista alemán, que procede del movimiento espartaquista de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, desenvuelve, como es notorio, una política intransigentemente clasista y revolucionaria.

Las elecciones de mayo crearon una complicada situación parlamentaria. Llevaron a la cámara una gruesa patrulla fascista y una más gruesa patrulla comunista. Reforzaron, a expensas de los otros partidos burgueses, al partido pangermanista. Ninguna sólida combinación ministerial era posible dentro de esta situación. El núcleo de un ministerio tenía que ser el centro. Pero este ministerio centrista necesitaba apoyarse, de una parte, en los votos de los populistas y, de otra parte, en los votos de los socialistas. Y un compromiso entre los populistas y los socialistas resultaba cada vez más difícil. Los populistas pugnaban porque el eje del gobierno se desplazase del centro a la derecha. Preconizaban una concentración de los partidos burgueses. Quepan modificar las bases parlamentarias del gobierno, reemplazando a los socialistas con los pangermanistas. Los católicos y los demócratas se oponían, naturalmente, a esta combinación ministerial destinada a dar el predominio a las derechas. El centro se negaba a dejarse absorber por las derechas cediendo a los populistas su propio papel en el gobierno.

Transitoriamente, la necesidad de negociar con las potencias aliadas respecto al plan Dawes impuso la reorganización del ministerio Marx-Stressemann. El leader católico y el leader populista representaron a Alemania en la conferencia de Londres. Pactaron y suscribieron las condiciones de la ejecución del plan Dawes. Obtuvieron, luego, su aprobación por el Reichstag. La solución Dawes convenía a los intereses de los populistas y los socialistas. Una momentánea inteligencia sobre este terreno fue, pues, posible. Los propios pan-germanista no pudieron negarle, unánime y compactamente, su voto.

Pero, una vez superada esta situación, el conflicto entre la derecha y el centro reapareció en el ministerio Marx-Stressemann. Los demócratas y los católicos pensaron entonces que únicamente nuevas elecciones podían resolver este conflicto. La hora les parecía, además, propicia para apelar al voto del pueblo. Los primeros efectos económicos del plan Dawes difundían en Alemania la sensación de un re-torno a la normalidad. El malestar, el descontento, la exasperación, que habían empujado en mayo a muchas personas a votar por los partidos extremistas, disminuían ahora en intensidad y en extensión. Los socialistas, por su parte, participaban también de estas previsiones.

La convocatoria a nuevas elecciones fue así decidida.

Los demócratas, los católicos y los socialistas movilizaron todas sus energías. Su bandera electoral era la defensa de la república. Esta afirmación Republicana significaba una respuesta a las maniobras de Stressemann y los populistas por llevar al poder a un partido explícita y característicamente monarquista como el partido pangermanista o deutschnational. Los partidos Republicanos disponían de los recursos y elementos necesarios para una gran campaña electoral. Su posición en el gobierno les consentía, además, una ilimitada propaganda. Los pangermanistas y los populistas, a su turno, no se encontraban por cierto en condiciones desventajosas. La plutocracia agraria y la plutocracia industrial financiaban, respectivamente, su campaña. Las circunstancias de la lucha aparecían desfavorables únicamente para los fascistas y los comunistas. El fascismo tudesco jugó su única carta en el putsch de Munich. El fracaso de ese golpe de mano, incubado en una cervecería, desacreditó a los condottieri fascistas, que la luz de tal episodio exhibió como dos grotescos y mediocres tartarines. Constatado su tramonto, los mecenas del fascismo no tenían ya, de otro lado, el mismo interés de antes en abastecer de fondos a esta facción. El comunismo, por su parte, llegaba a las elecciones encarnizadamente perseguido. La disolución de la cámara había señalado el principio de una vasta y metódica ofensiva policial contra los agitadores y

organizadores comunistas. El peculio del partido comunista, finalmente, no había convalidado aún de los gastos de la campaña electoral de mayo.

Realizaba en estas condiciones, la votación de diciembre no ha correspondido a las esperanzas del bloque Republicano. Pero tampoco ha dado la razón a las derechas. La situación parlamentaria no ha cambiado sustancialmente. Los pangermanistas y los populistas, los demócratas y los católicos han ganado unos pocos votos. Los socialistas, que han sido los más favorecidos por los escrutinios, han obtenido treinta asientos más que en mayo. La peor parte ha tocado, como era natural, a los fascistas. El número de sus diputados, que en mayo subió a treintidos, en diciembre ha descendido a catorce. Los comunistas eran sesenta en la cámara de mayo. En la nueva cámara son cuarentaicinco.

Estos resultados electorales, que no resuelven ni definen nada, han causado una de las más enredadas crisis ministeriales. Reclamada por Stresseman la organización de un nuevo ministerio con el concurso de los pangermanistas, el contraste entre la derecha y el centro ha tenido que exacerbarse y agriarse. Marx no ha podido esta vez combinar un ministerio centrista, tolerado y asistido, a la derecha, por los populistas, y, a la izquierda, por los socialistas. La gastada fórmula centrista no ha conseguido prevalecer. Mas Stresseman y su Volks-Partei tampoco han logrado imponer una fórmula derechista. El centro conserva sus antiguas fuerzas frente a las derechas. Los socialistas constituyen, además, una fuerza mayor que antes. No es el caso, por tanto, de pensar en una coalición de partidos burgueses bastante extensa y compacta para rechazar los ataques de los socialistas y los comunistas. Los demócratas y los católicos, al menos en sus estratos populares, no pueden aceptar el papel de comparsas de un ministerio reaccionario y monarquista.

Por esto, un ministerio de administración resulta el único ministerio posible. El doctor Luther ha sido encargado de la ardua fatiga. Pero, cualquiera que sea el éxito de sus gestiones, a un ministerio de administración —ministerio de técnicos y burócratas— no se le puede pronosticar larga vida. Un gobierno de esta índole reposará en una mayoría aleatoria e inestable. Su equilibrio es muy difícil. Un gabinete que vive de consenso de partidos e intereses encontrados es como una nave que navega entre arrecifes. El forcejeo de los partidos ministeriales por acaparar la mayor suma de poder, tiene que fracturar inevitablemente, en el instante menos previsto, la convencional y precaria mayoría que sostenga un sedicente ministerio de administración.

Mientras viva parlamentaria y democráticamente, Alemania no podrá pasar de un

gobierno de coalición a un gobierno de partido. En esto, evidentemente, la suerte de la democracia alemana no se diferencia de la suerte de las otras democracias. En la democracia inglesa, cierto, el partido conservador ha conseguido conquistar, —a despecho de la teoría de que los parlamentos no pueden producir hoy sino gobiernos de coalición—, la totalidad del poder. Pero este caso sólo se puede dar en Inglaterra, que, en materia de partidos, como en todas las cosas, ha sido siempre un país de gustos muy soberbios. En Inglaterra, de otro lado, se ha producido un fenómeno singular de concentración burguesa. Los liberales han sido casi completamente absorbidos por los laboristas. En Alemania a una concentración burguesa se opone el conflicto entre los fautores de la república y los fautores de la monarquía. Alemania tiene que oscilar forzosamente entre un bloque de derechas y un bloque de izquierdas. Y ya vemos cuán difícil aparece, no sólo el prevalecimiento de un bloque sobre otro, sino la misma organización, más o menos duradera, de uno y otro conglomerado. El problema político de Alemania continuará, por mucho tiempo, sin solución. Y es que esta solución, según los más seguros indicios, no puede ser una solución electoral.

 * Publicado en Variedades, Lima, 17 de Enero de 1925.

- LA BATALLA LIBERAL EN ITALIA*

Varias veces me he ocupado de la abdicación del liberalismo y la democracia ante el fascismo. La fortuna política de Mussolini y sus brigadas de "camisas negras" no se explica sino como una consecuencia de esa abdicación. La burguesía armó y financió al fascismo. La prensa demoliberal le concedió su favor y su ternura. El Estado toleró sus raids y sus expediciones anti-proletarias. Luego, cuando el fascismo, convertido en una prepotente facción armada, reclamó el gobierno, la burguesía italiana casi no vaciló en confiárselo.

La marcha sobre Roma encontró muy escasa resistencia en los fautores del ideario liberal y democrático. La burguesía puso a disposición del fascismo sus diarios, sus políticos, su dinero, todos o casi todos sus instrumentos de dominio de la opinión pública. Los diputados fascistas no eran sino treintaicinco. A sus votos se sumaban en la cámara los de los nacionalistas, los agrarios y otros elementos de la extrema derecha; pero, aún con estas adiciones, el fascismo y el filo-fascismo constituían en el parlamento una minoría reducida. Cada uno de los partidos de masas, el socialista y el popular o católico, contaba en la cámara con una representación más numerosa que la de todos los grupos de derecha coaligados. Y los grupos liberales conservaban la mayoría absoluta. El liberalismo no quiso, sin embargo, asumir la defensa de la legalidad. Aceptó y sancionó el golpe de estado mussoliniano. Y decidió con su ejemplo a los populares a acordar

también su adhesión al nuevo régimen. Pocos liberales se mantuvieron fieles al programa liberal: Nitti, Améndola, Sforza, Albertini. La gran mayoría, con Orlando, Giolitti y De Nicola a la cabeza, capituló ante el fascismo. (Salandra y sus liberales de derecha marchaban al flanco de Mussolini desde mucho tiempo antes del golpe de estado). Los liberales y los populares dieron toda su colaboración al primer gabinete de Mussolini. Colonna di Cesaró, uno de los leaders hoy de la oposición del Aventino, fue uno de los ministros de ese gabinete.

Más tarde, el conflicto entre la mentalidad democrática y la mentalidad fascista, que ningún compromiso podía sofocar, empezó a manifestarse. Los fascistas anunciaban su intención de sustituir el Estado demo-liberal por un Estado fascista. Este Estado fascista no era claramente definido por sus teóricos. Se le asignaba, vagamente, un mecanismo sindical. Pero, en todo caso, se le atribuía un carácter esencialmente antidemocrático y anti-parlamentario. Sin embargo, larvada, confusa, caótica, la teoría fascista no impresionaba demasiado a la enervada democracia italiana, más sensible, sin duda, a la praxis fascista, asaz tundente y categórica. La cachiporra, el hacha del lictor y el aceite de ricino extirpaban, más eficaz y precisamente que cualquier argumento, todo equivoco sobre la función y el espíritu del fascismo. El grueso del partido popular, conducido e inspirado por Don Sturzo, se pronunció contra el método fascista. Colonna di Cesaró dejó el gobierno. Mas esta secesión maduraba muy lentamente.

Las elecciones de abril del año pasado encontraron aún indecisa o claudicante a la mayoría de las dispersas fuerzas del liberalismo y la democracia. Mussolini obtuvo su adhesión a una lista de candidatos ministeriales. Salandra, Orlando, De Nicola, Sem Benelli, figuraron en esta lista, mezclados y confundidos con los más incandescentes "camisas negras". Giolitti, que encabezó en su circunscripción territorial una lista independiente, cuidó de afirmar su independencia de la oposición mucho más que su independencia del fascismo. Solo tres grupos demo-liberales, se enfrentaron al fascismo, regional y separadamente, en las elecciones de abril: el de Colonna di Cesaró en Sicilia, el de Bonomi en la Lombardía y el de Améndola en Nápoles y Salerno. El resto de los liberales no supo ni quiso diferenciarse del fascismo, no obstante que la incompatibilidad de la idea fascista y la idea liberal resultaba cada vez más evidente.

El asesinato de Matteotti mudó la situación. El fascismo, a medida que su responsabilidad se precisaba, perdía a sus aliados de la primera y de la segunda hora. La actitud de la oposición liberal tuvo, además, que acentuarse. Junto con los socialistas y los comunistas abandonaron la cámara los Republicanos, los populares, los demócratas-sociales de

Colonna di Cesaró y los demócratas constitucionales de Améndola. Quedó constituido el bloque del Aventino. "Il Corriere della Sera" del senador Albertini, antes opositor tibio, abrió contra el fascismo una acre campaña. "Il Giornale d'Italia", órgano que refleja marcadamente la opinión de la burguesía de la Italia meridional, rompió con el fascismo. Varios otros periódicos cambiaron, igualmente, de rumbo. El gobierno fascista empezó, además, a perder su antigua influencia sobre las asociaciones de combatientes y mutilados de guerra. Ricciotti y Peppino Garibaldi se plegaron a la oposición. Sem Benelli fundó la Liga Itálica específicamente adversa a la violencia fascista. Dos diputados fascistas, condecorados con la "medalla de oro", Viola y Ponzio di San Sebastiano, se separaron del fascismo. Dentro de la cámara, en torno de Giolitti y Orlando, pasados definitivamente a la oposición se formó una nueva minoría. A este bloque parlamentario se ha adherido últimamente Salandra, liberal de derecha, que hasta hace muy poco mantuvo cordialísimas relaciones con Mussolini y los "camisas negras".

El proceso Matteotti ha creado, según el bloque del Aventino, una cuestión moral. Améndola, uno de los leaders del Aventino, la define así: "Una cuestión moral, la cual envuelve todo el "régimen", domina la misma cuestión política. Todos entienden el sentido de estas palabras. Nosotros afirmamos que pertenece a la responsabilidad del régimen el haber practicado el delito, el haber cultivado el delito; nosotros rechazamos la justificación revolucionaria (desmentida por la verdad histórica y que el propio Mussolini dejó caer, en un cuarto de oro, ante el cadáver lacerado de Matteotti); nosotros afirmamos la incompatibilidad entre el gobierno del Estado y los hombres que de las responsabilidades criminosas del régimen están más o menos directamente acusados o que de ellas deben responder políticamente. Nosotros afirmamos, además, que el curso de la justicia, que persigue la indagación sobre el delito, es obstaculizado y obstruido por la presencia de tales hombres en el gobierno". Estas palabras han sido pronunciadas en la asamblea celebrada hace mes y medio en Milán por la oposición del Aventino. Precizando y completando más aún su sentido, ha dicho Améndola en este mismo discurso: "Sobre el terreno político es posible avanzar o retroceder; sobre el terreno moral es necesario batirse hasta el extremo".

El programa de la oposición del Aventino se concreta en una sola palabra: Libertad. Cuando se plantea el programa de la libertad política, de la libertad civil, —dicen los grupos del Aventino para explicar su eventual coalición—, todos los demás problemas pasan a segundo término. No es el caso, sin embargo, de hablar de un renacimiento del liberalismo en Italia. Ya hemos visto cómo para el bloque del Aventino la campaña contra el

gobierno fascista se funda en una cuestión moral más que en una cuestión política. Se cree inhabilitado y descalificado al fascismo para seguir ejerciendo el poder, no tanto por su método dictatorial y despótico como por la responsabilidad que sobre sus hombres arroja el asesinato de Matteotti. Si Matteotti no hubiese sido asesinado por una notoria cuadrilla de "camisas negras", el liberalismo no habría reaccionado tan resueltamente contra el fascismo. Lo que enemista a los fascistas y a los liberales más que la teoría y la praxis del fascismo son sus consecuencias y, sobre todo, sus responsabilidades. El fascismo de la marcha sobre Roma no era diferente del fascismo del proceso Matteotti. Sin embargo, el liberalismo, que casi no sintió ninguna necesidad de combatir al primero, siente una urgencia vivísima de combatir el segundo. La mayoría de los liberales y los demócratas, por tanto, no reacciona contra el fascismo; reacciona, más bien, contra su fracaso. Es imposible ver en su actual oposición al fascismo un verdadero renacimiento de la idea liberal y democrática.

Por otra parte, en la oposición del Aventino se confunden burgueses y proletarios. Mussolini la llama la "variopinta oposición" Y el término no es, en verdad, inexacto. Variopinto, pluricolor, heterogéneo, el bloque del Aventino lo es realmente. Contiene grupos y programas diversos y hasta antitéticos: liberales de varios matices ligados por una común adhesión a la monarquía constitucional; Republicanos de ideología mazziniana que trabajan por obtener de la presente crisis un acrecentamiento del proselitismo de la república; populares o católicos a quienes su gran animador Don Sturzo ha dado un programa social-cristiano; socialistas unitarios o reformistas prontos a colaborar en el gobierno; socialistas maximalistas que oscilan entre la táctica colaboracionista y la táctica intransigente. Cada uno de estos grupos afirma, dentro del bloque del Aventino, la independencia de su propio programa.

Pero la batalla política que se libra presentemente en Italia contra el fascismo, no obstante todo esto, es siempre una batalla liberal. Los grupos que combaten a Mussolini formulan este desiderátum común: la normalización. La normalización quiere decir la vuelta a la legalidad. Claro que existen matices y grados en este anhelo. Para unos la legalidad es, sobre todo, un régimen de orden. Para otros la legalidad es, por encima de todas las cosas, un régimen de libertad. Mas para unos y para otros significa la restauración del Estado demo-liberal. El bloque de la cámara y el bloque del Aventino propugnan, simple-mente, una restauración. Por la revolución luchan sólo los comunistas. El partido comunista ha intentado empujar a los grupos del Aventino por una vía revolucionaria. Los ha invitado a funcionar como parlamento del pueblo en oposición al parlamento del fascismo. El bloque del Aventino se ha guardado mucho de escuchar esta invitación. A los intereses que representan Améndola, Colonna Di Cesaró, el senador Albertini y el conde Sforza les interesa mucho que caigan Mussolini y el fascismo; pero les interesa mucho más todavía que su caída no comprometa la suerte de la burguesía. La burguesía torna a la idea liberal porque el experimento fascista la ha

persuadido de que las instituciones y las leyes liberales son consustanciales con el desarrollo del capitalismo. El método fascista o reaccionario resucita truncamente la Edad Media con sus *condottieri*, sus jerarquías y sus corporaciones. Resucita un ambiente histórico que estorba el libre juego de los intereses y las fuerzas de la economía capitalista. Estimula y exaspera en las masas la tendencia revolucionaria. El fascismo, en suma, resulta un arma de dos filos. Al Medio Evo no se puede volver sin grandes peligros y molestias para la burguesía. Preferible es para la burguesía el orden democrático. El orden democrático que, según muchos augures, parece destinado, o mejor dicho condenado, a ceder el paso a un orden nuevo.

Este no es sólo el drama de la burguesía italiana. Es el drama de toda la burguesía europea. Imposibilidad de tornar al pasado imposibilidad de aceptar el porvenir.

* Publicado en Variedades, Lima, 24 de Enero de 1925.

- EL PARTIDO BOLCHEVIQUE Y TROTSKY*

Nunca la caída de un ministro ha tenido en el mundo una resonancia tan extensa y tan intensa como la caída de Trotsky. El parlamentarismo ha habituado al mundo a las crisis ministeriales. Pero la caída de Trotsky no es una crisis de ministerio sino una crisis de partido. Trotsky representa una fracción o una tendencia derrotadas dentro del bolchevismo. Y varias otras circunstancias concurren, en este caso, a la sonoridad excepcional de la caída. En primer lugar, la calidad del leader en desgracia. Trotsky es uno de los personajes más interesantes de la historia contemporánea: *condottiere* de la revolución rusa, organizador y animador del ejército rojo, pensador y crítico brillante del comunismo. Los revolucionarios de todos los países han seguido atentamente la polémica entre Trotsky y el estado mayor bolchevique. Y los reaccionarios no han disimulado su magra esperanza de que la disidencia de Trotsky marque el comienzo de la disolución de la república soviética.

Examinemos el proceso del conflicto.

El debate que ha causado la separación de Trotsky del gobierno de los soviets ha sido el más apasionado y ardoroso de todos los que han agitado al bolchevismo desde 1917. Ha durado más de un año. Fue abierto por una memoria de Trotsky al comité central del partido comunista. En este documento, en octubre de 1923, Trotsky planteó a sus camaradas dos

cuestiones urgentes: la necesidad de un "plan de orientación" en la política económica y la necesidad de un régimen de "democracia obrera" en el partido. Sostenía Trotsky que la revolución rusa entraba en una nueva etapa. La política económica debía dirigir sus esfuerzos hacia una mejor organización de la producción industrial que restableciese el equilibrio entre los precios agrícolas y los precios industriales. Y debía hacerse efectiva en la vida del partido una verdadera "democracia obrera".

Esta cuestión de la "democracia obrera" que dominaba el conjunto de las opiniones, necesita ser esclarecida y precisada. La defensa de la revolución forzó al partido bolchevique a aceptar una disciplina militar. El partido era gobernado por una jerarquía de funcionarios escogidos entre los elementos más probados y más adocotrados. Lenin y su estado mayor fueron investidos por las masas de plenos poderes. No era posible defender de otro modo la obra de la revolución contra los asaltos y las acechanzas de sus adversarios. La admisión en el partido tuvo que ser severamente controlada para impedir que se filtrase en sus rangos gente arribista y equivocada. La "vieja guardia" bolchevique, como se denominaba a los bolcheviques de la primera hora, dirigía todas las funciones y todas las actividades del partido. Los comunistas convenían unánimemente en que la situación no permitía otra cosa. Pero, llegada la revolución a su séptimo aniversario, empezó a bosquejarse en el partido bolchevique un movimiento a favor de un régimen de "democracia obrera". Los elementos nuevos reclamaban que se les reconociese el derecho a una participación activa en la elección de los rumbos y los métodos del bolchevismo. Siete años de experimento revolucionario habían preparado una nueva generación. Y en algunos núcleos de la juventud comunista no tardó en fermentar la impaciencia.

Trotsky, apoyando las reivindicaciones de los jóvenes, dijo que la vieja guardia constituía casi una burocracia. Criticaba su tendencia a considerar la cuestión de la educación ideológica y revolucionaria de la juventud desde un punto de vista pedagógico más que desde un punto de vista político. "La inmensa autoridad del grupo de veteranos del partido — decía — es universalmente reconocida. Pero sólo por una colaboración constante con la nueva generación, en el cuadro de la democracia, conservará la vieja guardia su carácter de factor revolucionario. Si no, puede convertirse insensiblemente en la expresión más acabada del burocratismo. La historia nos ofrece más de un caso de este género. Citemos el ejemplo más reciente e impresionante: el de los jefes de los partidos de la Segunda internacional. Kautsky, Bernstein, Guesde, eran discípulos directos de Marx y de Engels. Sin embargo, en la atmósfera del parlamentarismo y bajo la influencia del desenvolvimiento automático del organismo del partido y de los sindicatos, estos leaders, total o

parcialmente, cayeron en el oportunismo. En la víspera de la guerra, el formidable mecanismo de la social-democracia, amparado por la autoridad de la antigua generación, se había vuelto el freno más potente del avance revolucionario. Y nosotros, los "viejos" debemos decirnos que nuestra generación, que juega naturalmente el rol dirigente en el partido, no estaría absolutamente premunida contra el debilitamiento del espíritu revolucionario y proletario en su seno, si el partido tolerase el desarrollo de métodos burocráticos".

El estado mayor del bolchevismo no desconocía la necesidad de la democratización del partido; pero rechazó las razones en que Trotsky apoyaba su tesis. Y protestó vivamente contra el lenguaje de Trotsky. La polémica se tornó acre. Zinoviev confrontó los antecedentes de los hombres de la vieja guardia con los antecedentes de Trotsky. Los hombres de la vieja guardia —Zinoviev, Kamenev, Stalin, Rykov, etc.— eran los que, al flanco de Lenin, habían preparado, a través de un trabajo tenaz y coherente de muchos años, la revolución comunista. Trotsky, en cambio, había sido menchevique.

Alrededor de Trotsky se agruparon varios comunistas destacados: Piatakov, Preobrajensky, Sapronov. etc. Karl Radek se declaró propugnador de una conciliación entre los puntos de vista del comité central y los puntos de vista de Trotsky. La "Pravda" dedicó muchas columnas a la polémica. Entre los estudiantes de Moscú las tesis de Trotsky encontraron un entusiasta proselitismo.

Mas el XIII congreso del partido comunista, reunido a principios del año pasado, dio la razón a la vieja guardia que se declaró, en sus conclusiones, favorable a la fórmula de la democratización, anulando consiguientemente la bandera de Trotsky. Solo tres delegados votaron en contra de las conclusiones del comité central. Luego, el congreso de la Tercera Internacional ratificó este voto. Radek perdió su cargo en el comité de la Internacional. La posición del estado mayor leninista se fortaleció, además, a consecuencia del reconocimiento de Rusia por las grandes potencias europeas y del mejoramiento de la situación económica rusa. Trotsky, sin embargo, conservó sus cargos en el comité central del partido comunista y en el consejo de comisarios del pueblo. El comité central expresó su voluntad de seguir colaborando con él. Zinoviev dijo en un discurso que, a despecho de la tensión existente, Trotsky sería mantenido en sus puestos influyentes.

Un hecho nuevo vino a exasperar la situación. Trotsky publicó un libro 1917 sobre el proceso de la revolución de octubre. No conozco aún este

libro que hasta ahora no ha sido traducido del ruso. Los últimos documentos polémicos de Trotsky que tengo a la vista son los reunidos en su libro *Curso Nuevo*. Pero parece que 1917 es una requisitoria de Trotsky contra la conducta de los principales leaders de la vieja guardia en las jornadas de la insurrección. Un grupo de conspicuos leninistas —Zinoviev, Kamenev, Rykov, Miliutin y otros —discrepó entonces del parecer de Lenin. Y la disensión puso en peligro la unidad del partido bolchevique. Lenin propuso la conquista del poder. Contra esta tesis, aceptada por la mayoría del partido bolchevique, se pronunció dicho grupo. Trotsky, en tanto, sostuvo la tesis de Lenin y colaboró en su actuación. El nuevo libro de Trotsky, en suma, presenta a los actuales leaders de la vieja guardia, en las jornadas de octubre, bajo una luz adversa. Trotsky ha querido, sin duda, demostrar que quienes se equivocaron en 1917, en un instante decisivo para el bolchevismo, carecen de derecho para pretenderse depositarios y herederos únicos de la mentalidad y del espíritu leninistas.

Y esta crítica, que ha encendido nuevamente la polémica, ha motivado la ruptura. El estado mayor bolchevique debe haber respondido con una despiadada y agresiva revisión del pasado de Trotsky. Trotsky, como casi nadie ignora, no ha sido nunca un bolchevique ortodoxo. Perteneció al menchevismo hasta la guerra mundial. Únicamente a partir de entonces se acercó al programa y a la táctica leninistas. Y sólo en julio de 1917 se enroló en el bolchevismo. Lenin votó en contra de su admisión en la redacción de "Pravda". El acercamiento de Lenin y Trotsky no quedó ratificado sino por las jornadas de octubre. Y la opinión de Lenin divergió de la opinión de Trotsky respecto a los problemas más graves de la revolución. Trotsky no quiso aceptar la paz de Brest-Litovsk. Lenin comprendió rápidamente que contra la voluntad manifiesta de los campesinos, Rusia no podía prolongar el estado de guerra. Frente a las reivindicaciones de la insurrección de Cronstadt, Trotsky volvió a discrepar de Lenin, que percibió la realidad de la situación con su clarividencia genial. Lenin se dio cuenta de la urgencia de satisfacer las reivindicaciones de los campesinos. Y dictó las medidas que inauguraron la nueva política económica de los soviets. Los leninistas tachan a Trotsky de no haber conseguido asimilarse al bolchevismo. Es evidente, al menos, que Trotsky no ha podido fusionarse ni identificarse con la vieja guardia bolchevique. Mientras la figura de Lenin dominó todo el escenario ruso, la inteligencia y la colaboración entre la vieja guardia y Trotsky estaban aseguradas por una común adhesión a la táctica leninista. Muerto Lenin, ese vínculo se quebraba. Zinoviev acusa a Trotsky de haber intentado con sus fautores el asalto del comando. Atribuye esta intención a toda la campaña de Trotsky por la democratización del partido bolchevique. Afirma que Trotsky ha maniobrado demagógicamente por oponer la nueva

a la vieja generación. Trotsky, en todo caso, ha perdido su más grande batalla. Su partido lo ha ex-confesado y le ha retirado su confianza.

Pero los resultados de la polémica no engendrarán un cisma. Los leaders de la vieja guardia bolchevique, como Lenin en el episodio de Cronstandt, después de reprimir la insurrección, realizarán sus reivindicaciones. Ya han dado explícitamente su adhesión a la tesis de la necesidad de democratizar el partido.

No es la primera vez que el destino de una revolución quiere que ésta cumpla su trayectoria sin o contra sus caudillos. Lo que prueba, tal vez, que en la historia los grandes hombres juegan un papel más modesto que las grandes ideas.

* Publicado en Variedades, Lima, 31 de Enero de 1925.

- LA PERSPECTIVA DE LA POLITICA CHILENA*

En una época como la nuestra; en que el mundo entero se encuentra más o menos sacudido y agitado, la inquietud revolucionaria que fermenta en Chile no constituye, por cierto, un fenómeno solitario y excepcional. Nuestra América no puede aislarse de la corriente histórica contemporánea. Los pueblos de Europa, Asia y África están casi únicamente estremecidos. Y por América pasa, desde hace algunos años, una onda revolucionaria que, en algunos pueblos, se vuelve marejada. Con diferencia de intensidad, que corresponden a diferencias del clima social y político, la misma crisis histórica madura en todas las naciones. Crisis que parece ser crisis de crecimiento en unos pueblos y crisis de decadencia en otros; pero que en todos tiene, seguramente, raíces y funciones solidarias. La crisis chilena, por ejemplo, es, como otras, sólo un segmento de la crisis mundial.

En la América indo-española se cumple, gradualmente, un proceso de liquidación de ese régimen oligárquico y feudal que ha frustrado, durante tantos años, el funcionamiento de la democracia formalmente inaugurada por los legisladores de la revolución de la independencia. Los reflejos de los acontecimientos europeos han acelerado, en los últimos años, ese proceso. En la Argentina, verbigracia, la ascensión al poder del Partido Radical canceló el dominio de las viejas oligarquías plutocráticas. En México, la revolución arrojó del gobierno a los latifundistas y a su burocracia. En Chile, la elección de Alessandri, hace cinco años, tuvo

también un sentido revolucionario.

II

Alessandri usó, en su campaña electoral, una vigorosa predicación anti-oligárquica. En sus arengas a la "querida chusma", Alessandri se sentía y se decía el candidato de la muchedumbre. El pueblo chileno, fatigado del dominio de la plutocracia "pelucona", estaba en un estado de ánimo propicio para marchar al asalto de sus posiciones. El proletariado urbano, más o menos permeado de socialismo y sindicalismo, representaba un vasto núcleo de opinión adoctrinada.

Los efectos de la crisis económica y financiera de Chile, que amenazaban pesar exclusivamente sobre las masas populares, si el poder continuaba acaparado por la oligarquía conservadora, excitaban a las masas a la lucha. Todas estas circunstancias concurren a suscitar una extensa y apasionada movilización de las fuerzas populares contra el bloque conservador. El bloque de izquierdas, acaudillado por Alessandri, obtuvo así una tumultuosa victoria electoral. Pero esta victoria de demócratas y radicales chilenos, por sus condiciones y modalidades históricas, no resolvía la cuestión política chilena. En primer lugar, la solución de esta cuestión política no podía ser, lisa y beatamente, una solución electoral. Luego, la adquisición de la presidencia de la república, no confería al bloque alessandrista todos los poderes del gobierno. Los grupos conservadores, numerosos representados en el parlamento, se preparaban a torpedear sistemáticamente toda tentativa de reforma contraria a sus intereses de clase. Armados de una prensa poderosa, conservaban intactas casi todas las posiciones de un prolongado monopolio que el gobierno les había consentido conquistar. Y, de otro lado, movilizadas demagógicamente durante las elecciones, las masas populares no estaban dispuestas a olvidar sus reivindicaciones. Antes bien, tendían a precisarlas y extremarlas con ánimo cada vez más beligerante y programa cada vez más clasista.

La ascensión de Alessandri a la presidencia de la república, por todas estas razones, no marcaba el fin sino el comienzo de una batalla. Tenía el valor de un episodio. La batalla seguía más exasperada y más violenta.

Alessandri se veía en la imposibilidad de realizar, parlamentariamente, su plan de reformas sociales y económicas. Lo paralizaba la resistencia activa del bloque conservador y la resistencia pasiva de los elementos indecisos o apocados de su propio bloque liberal, conglomerado heteróclito,* dentro del cual se constataba la existencia de intereses e ideas encontradas y contradictorias. Y Alessandri, prisionero de sus principios democráticos, carecía de temperamento y de impulso revolucionarios para actuar

dictatorialmente su programa. [* Irregular, caprichoso]

III

Los hechos se encargaron de demostrar a los radicales chilenos que los cauces legales no pueden contener una acción revolucionaria. El método democrático de Alessandri, mientras por una parte resultaba impotente para constreñir a los conservadores a mantenerse en una actitud estrictamente constitucional; por la otra, abría las válvulas de las legítimas aspiraciones de la izquierda. Amenazada en sus intereses, la plutocracia se aprestaba a conquistar el poder mediante un golpe de mano.

Vino el movimiento militar. La historia íntima de este movimiento no está aún perfectamente esclarecida. Pero, a través de sus anécdotas, se percibe que el espíritu de la juventud militar no sólo repudiaba la idea de una vuelta del antiguo régimen, sino que reclamaba la ejecución del programa radical combatido por la coalición conservadora y saboteado por una parte de la misma gente que rodeaba a Alessandri. La juventud militar insurgió en defensa de este programa. Fueron los almirantes y generales, coludidos con los conservadores, quienes reformaron prácticamente las reivindicaciones del ejército. Los conservadores habían empujado al ejército a la insurrección a fin de recoger de sus manos, después de un intermezzo militar, la perdida presidencia de la república. Contaban, para el éxito de esta maniobra, con la colaboración de Altamirano y de la capa superior del ejército, profundamente saturada de una ideología conservadora. Confiaban, además, en la posibilidad de que la caída de Alessandri quebrantase el bloque de izquierda, cuyas figuras espirituales e ideológicas aparecían evidentes a todos los ojos.

Mas, contrariamente a estas previsiones, el espíritu revolucionario estaba vivo y vigilante. Las izquierdas, en vez de disgregarse, se reconcentraron rápida-mente. El pueblo respondió a su llamamiento. La junta de gobierno del General Altamirano, ramplona copia del directorio español, descubrió su burdo juego. Su concomitancia con la plutocracia chilena quedó claramente establecida. Y la juventud militar se decidió a liquidar el engaño. Un golpe de mano fue rectificado o anulado con otro golpe de mano. (Rudos golpes ambos para los pávidos e ilusos asertores de la legalidad a ultranza).

IV

Ahora, la vuelta de Alessandri al poder, plantea aparentemente la cuestión política en los mismos términos que antes. Pero la realidad es otra, No se sale en vano de la legalidad, sea en el nombre de un interés reaccionario, sea en el nombre de un interés revolucionario. Y una revolución no termina

hasta que no crea una legalidad nueva. Hacia ese fin se mueven los revolucionarios chilenos. Por eso, se habla de convocatoria a una asamblea constituyente. Los liberales moderados trabajarán por convertir esta asamblea en una academia de retórica política que revise prudente e inocuamente la Constitución; pero los elementos de vanguardia tratarán de empujar a la asamblea a un voto y a una actitud revolucionarias.

El problema económico de Chile no admite equívocos compromisos entre las derechas y las izquierdas. Una solución conservadora echaría sobre las espaldas de las clases pobres todo el peso, de la normalización de la hacienda chilena. Y las clases populares agitadas por las actuales corrientes ideológicas, no se resignan a aceptar esa solución. Sostienen, por esto, a los partidos de la alianza liberal.

Y, por el momento, han ganado la batalla.

** Publicado en Mundial: Lima, 13 de Febrero de 1925.

- EL PROCESO DEL DIRECTORIO*

Las maniobras del Conde de Romanones para organizar un frente único de los partidos constitucionales indican claramente que la crisis del régimen reaccionario inaugurado en España en setiembre de 1923 ha entrado en una fase aguda. El redomado conde no daría este paso si no estuviese seguro de su oportunidad. Su cauta ofensiva debe haberse asegurado, previamente, el consenso tácito o explícito de la monarquía. El rey no puede ser extraño a las maniobras del leader liberal como no fue extraño al golpe de Primo de Rivera. La aventura del Directorio no ha tenido fortuna. Alfonso XIII siente, por tanto, la urgencia de liquidarla prontamente. Existen indicios inequívocos de que desea desembarazarse de los servicios y de la espada del marqués de la Estrella. La revista "Europe" de Paris, en un artículo sobre el Directorio, cuenta que Alfonso XIII, en agosto último, conversando en una playa del norte de Francia con uno de sus amigos sportsmen, tuvo esta frase: "Yo sabía que Primo de Rivera era un hombre muy poco serio, pero yo no lo creía tan estúpido".

Posteriormente, el disgusto del rey debe haberse acentuado. La posición de España en Marruecos, no obstante los exasperados esfuerzos militares del Directorio, ha sufrido un tremendo quebranto. Todos los problemas de la vida española, que el Directorio ofreció resolver taumatúrgicamente en unos pocos meses, se han exacerbado bajo el nuevo tratamiento. El Directorio se contenta con haberlos eliminado del debate público y, sobre

todo, del debate periodístico. Como dice el Conde Romanones, en su libro *Las Responsabilidades del Antiguo Régimen*, la llamada nueva política "logra el triunfo de suprimir esos males, no de la vida, que a tanto no llega, sino de la publicidad, para lo cual basta y sobra con la diligencia y celo del atareado censor".

El Directorio se proponía transformar radicalmente España. La prosa hinchada y petulante de sus manifiestos anunciaba la apertura de una era nueva en la vida española. El viejo régimen y sus hombres, según Primo de Rivera y sus fautores, quedaban definitivamente cancelados. Empezaba con el golpe de estado del 13 de setiembre un fúlgido capítulo de la historia de España. Primo de Rivera asignaba al Directorio una misión providencial.

Los objetivos fundamentales de su dictadura eran los siguientes: pacificación de Marruecos y liquidación, victoriosa naturalmente, de la guerra rifeña; solución integral de los problemas económicos y fiscales de España; reafirmación de la unidad española y extirpación de toda tendencia separatista; licencia-miento y ostracismo del gobierno de los antiguos partidos, de sus hombres y de sus ideas; sofocación de las agitaciones revolucionarias del proletariado; organización de nuevas, sanas e impolutas fuerzas políticas que asumiesen el poder cuando el Directorio considerara cumplida su obra.

Examinemos, sumariamente, los resultados de la política del Directorio en estas diversas cuestiones.

Marruecos no sólo no está pacificado sino que está más conflagrado que nunca. Abdel-Krim y sus tribus han infligido a las tropas españolas una serie de derrotas. Orgulloso de su victoria, el caudillo rifeño adopta ante España una actitud altanera. Pretende tratarla como a una nación vencida. Amenaza con arrojar totalmente del territorio africano a los españoles. Aparece cada día más evidente que España ha malgastado, estéril e insensatamente, su heroísmo y su sangre en una empresa absurda. El problema marroquí se plantea hoy en peores términos que ayer.

La continuación de la guerra de Marruecos mantiene el desequilibrio fiscal. El Directorio, como era fácil preverlo, resulta impotente para concebir siquiera un plan de reorganización de la economía española. Más impotente aún resulta, por supuesto, para actuarlo. Le falta capacidad técnica. Le falta autoridad política. La plutocracia española ve en Primo de Rivera un gendarme de sus intereses económicos. No puede consentirle, por consiguiente, ninguna veleidad, ningún experimento que los contraríe o los amenace. El método reaccionario, por otra parte, como se constata

presentemente en Italia, crea un clima histórico adverso al propio desarrollo de la economía y la producción capitalistas. Los elementos más inteligentes de la burguesía europea se muestran desencantados del ensayo fascista.

Para suprimir el regionalismo, el Directorio emplea las mismas armas que para suprimir otros sentimientos de la vida española: persigue y reprime su expresión pública. Pero este sistema simplista y marcial es, evidentemente, el menos recomendable para ahogar el separatismo. Los fermentos separatistas, en lugar de debilitarse, tienen que agriarse sordamente. Los catalanistas no son menos catalanistas que antes desde que Primo de Rivera les prohíbe la ostentación de su regionalismo. La política de la mano fuerte ha prestado, sin duda, un pésimo servicio a la causa de la unidad española. No se tardará mucho en comprobarlo.

Los resultados obtenidos, en cuanto concierne a la proscripción de la vieja política y de sus caciques, no pueden haber sido menos coherentes con los supuestos propósitos del Directorio. La dictadura exhumó las más ancianas reliquias de la política española. Algunos personajes de origen carlista y absolutista sintieron legada su hora. Toda la fauna reaccionaria saludó, exultante, al "nuevo régimen". Y, ahora, como vemos, se aprestan otra vez, con la complacencia de la monarquía, a la reconquista del poder, los mismos grupos y los mismos hombres que Primo de Rivera y sus generales se hacían la ilusión de haber barrido para siempre del gobierno. La vieja política resucita. La cirugía militar parece haberle injertado algunas glándulas jóvenes.

Y, conexamente, ha fracasado la organización de un partido nuevo, heredero del espíritu y de la obra del Directorio. La larvada idea de la Unión Patriótica no ha conseguido prosperar. Los cuadros de la Unión Patriótica están compuestos de elementos arribistas, desorientados, mediocres. No han logrado siquiera atraer a sus rangos a unos cuantos intelectuales más o menos decorativos y brillante. Muerto el Directorio, los febles y precarios cuadros de la Unión Patriótica se dispersarán sin estrépito.

La represión de las ideas revolucionarias, en fin, ha sido análogamente ineficaz. El partido socialista sale más fuerte de la prueba. La magra democracia española, que coquetea intelectualmente con los socialistas desde hace algún tiempo, reconoce ahora en ellos una fuerza decisiva del porvenir. El movimiento comunista ha crecido. Las persecuciones con que el Directorio lo distingue denuncian la preocupación que su desarrollo inspira.

Tal es, en rápido resumen, el balance del año y medio de dictadura del Directorio. De ningún régimen se puede pretender ciertamente que en un corto plazo realice su programa. Pero si que demuestre al menos su aptitud para actuarlo gradualmente. El Directorio, de otro lado, no ha conseguido formular un programa verdadero. Se ha limitado a enumerar sus objetivos con un vanidoso alarde de su seguridad de alcanzarlos.

El Directorio tiene en España la misma función histórica que el fascismo en Italia. Pero el fenómeno reaccionario exhibe en ambos países estructura y potencia diferentes. En Italia es vigoroso y original; en España es anémico y caricaturesco. El fascismo es un partido, un movimiento, una marejada. El Directorio es un club de generales. No representa siquiera toda la plana mayor del ejército español. Primo de Rivera no tiene suficiente autoridad sobre sus colegas. El general Cavalcanti, uno de sus colaboradores del golpe de estado de setiembre, complotó, no hace mucho, por reemplazarlo en el poder. El general Berenguer, responsable de sospechosos flirts con la "vieja política", acabó recluido en una prisión militar. Y las malandanzas militares de Primo de Rivera en Marruecos deben haber disminuido mucho su prestigio profesional en el ejército.

Esta junta de generales que gobierna todavía España no es sino una anécdota de este "antiguo régimen" y de esa "vieja política" que tanto se complace en detractar. El antiguo régimen, la vieja política, subsisten. Uno de sus hombres representativos, el socarrón Conde de Romanones, nos lo asegura, mientras se dispone a recibir la herencia del Directorio. Se bosqueja la formación de un bloque constitucional y monárquico. El próximo sábado enfocaré este sector de la política española.

* Publicado en Variedades, Lima, 21 de Febrero de 1925.

- LA ELECCION DE HINDENBURG*

¿Por que ha sido elegido Paul von Hindenburg, presidente del Reich? Los factores de esta elección son menos simples y más variados de lo que parecen. No es posible reducirlos a un factor único: el sentimiento monárquico, con-servador e imperialista del pueblo alemán. No; el juicio así formulado resulta demasiado sumario, demasiado exclusivo, demasiado unilateral. La elección de Hindenburg no aparece absolutamente como un resultado lógico de la situación política de Alemania. En la victoria post-bélica del casi octogenario mariscal de los lagos mazurianos, han intervenido elementos complejos y dispares que no se puede condensar en la sencilla fórmula del "resurgimiento del militarismo alemán". Para explicarse el cómo y el por qué de esta elección, hay que revisar ordenada y sagazmente su proceso.

Hindenburg ha sido elegido en la segunda votación. En la primera votación, efectuada hace más de un mes, el candidato de las derechas fue Jarres. Este candidato no obtuvo la unanimidad de los sufragios de la reacción. Ni el partido fascista ni el partido popular bávaro le dieron su adhesión. Uno y otro exhibieron candidatos propios. Pero esta secesión no impidió al electorado considerar a Jarres, sostenido por los dos grandes partidos conservadores, como el candidato de la monarquía. La candidatura fascista de Ludendorff, a quien Alemania reconoce casi el mismo derecho que Hindenburg a los infructuosos laureles de la empresa bélica, fue, no

obstante esta suprema benemerencia, la más negligible e insignificante de todas las candidaturas. Además, sumados íntegramente, los votos de la reacción arrojaron un total inferior al de los votos de la república. Sobre veintiséis millones y medio de sufragios, doce millones tocaron a la monarquía, trece a la república y uno y medio al comunismo. El "sentimiento monárquico, conservador e imperialista" salió batido de la votación. Los tres partidos de la república -demócrata, católico y socialista— que acudieron separadamente a las elecciones, alcanzaron, en conjunto, la mayoría. Seguros de que el presidente no sería designado en la primera votación, cada uno quiso tener su candidato. Mas los tres estaban de acuerdo, en principio, acerca de la necesidad de un candidato común. ¿Por que aplazaron este acuerdo? Ninguna cuestión esencial se oponía a la inmediata constitución de un frente único Republicano; pero había siempre que eliminar algunas cuestiones adjetivas. Cada partido quería menager los intereses y las aspiraciones de su propia clientela electoral. Al partido socialista, por ejemplo, resuelto a sostener la candidatura de Marx, le convenía satisfacer en alguna forma al proletariado, ofreciéndole la impresión de trabajar hasta el último instante por la candidatura de un socialista.

La candidatura de Hindenburg se ha formado en el Intermezzo de las dos votaciones. No ha sido una candidatura espontáneamente emergida, desde la primera hora, de una unánime corriente nacionalista, sino una candidatura laboriosamente gastada en el mismo seno de la experiencia electoral. Antes de probar fortuna con el nombre de Hindenburg, las derechas probaron fortuna con el nombre de Jarres y con el nombre de Ludendorff. Antes de jugar la carta Hindenburg, jugaron la carta Jarres y la carta Ludendorff. Jarres era la carta del partido nacional alemán y del partido popular (nacionalismo moderado y oportunista). Ludendorff era la carta del partido fascista (nacionalismo ultraísta, "racismo" incandescente). La candidatura Hindenburg ha emanado de un compromiso entre todas las tendencias y todos los matices del nacionalismo. Ha madurado al calor eventual de las circunstancias del combate, sugerida y planteada por una oportunista y sagaz estimación de las fuerzas electorales de la reacción. Se ha alzado sobre un minucioso cálculo de sus posibilidades, sobre un frío cómputo de sus ventajas; no se ha alzado originariamente sobre una impetuosa marejada sentimental. La marejada sentimental ha venido después. Ha sido el éxito de la mise en scene de la candidatura. Los empresarios de la cándida e impoluta gloria del viejo mariscal han pescado a río revuelto la presidencia del Imperio.

El Reichstag es el índice y el compendio de las fuerzas numéricas o electorales de los partidos alemanes. Expresa los resultados de una votación

de hace pocos meses, más o menos confirmados por los de la votación presidencial de hace un mes. Y en el Reichstag la reacción está en minoría. El ministerio Luther reposa sobre el voto aleatorio del partido católico o sea de un partido del bloque Republicano. El propio escrutinio de la victoria de Hindenburg no asigna a la reacción una verdadera mayoría. Según ese escrutinio, Hindenburg ha obtenido el domingo un poco más de cuarentainueve por ciento de los sufragios. No obstante la concurrencia a la votación de una gran masa agnóstica y abstencionista, casi el cincuentauno por ciento de los electores se ha pronunciado por la república o por la revolución.

Los factores primarios de la elección de Hindenburg no son, pues, exclusivamente, de orden político. El bloque monárquico debe sus novecientos mil votos de mayoría sobre el bloque republicano a una violenta erección de la vieja sentimentalidad germana que ha movilizad-o ocasionalmente, detrás de las banderas de Hindenburg y del nacionalismo, a una gran cantidad de gente electoralmente neutra. Los debe al sufragio femenino, cuyo ensayo acredita que las mujeres, en su mayor parte, por su exigua o nula educación política, no son en la lucha contemporánea una fuerza renovadora sino una fuerza reaccionaria. Los debe, en fin, a la política comunista. A Marx le han hecho falta novecientos mil votos. El partido comunista habría podido darle más de un millón novecientos mil votos que, seguros de su minoría, conscientes de su acto, han sostenido intransigentemente, frente a la monarquía y frente a la República, a su propio candidato el comunista Thaelmann. Ni uno solo de estos votos habría favorecido individualmente a Hindenburg si la lucha hubiese quedado reducida a un duelo entre Hindenburg y Marx. Y, sin embargo, en la lucha tripartita, han decidido colectivamente el triunfo del candidato de la reacción. Los políticos de la república vituperan, acremente, por esta maniobra, a los políticos del comunismo. Y, seguramente, una parte de los mismos simpatizantes de la revolución, se ha negado en estas elecciones a seguir al comunismo. Lo indica la cifra de los votos comunistas. En las elecciones parlamentarias, en las cuales se trataba de enviar al parlamento el mayor número posible de diputados comunistas, el partido de la revolución recogió dos millones setecientos mil sufragios. En estas otras elecciones, en las cuales no se ha tratado de colocar en la presidencia del Reich a un comunista sino de realizar una demostración de fuerza y disciplina electorales, estos sufragios han sumado sólo un millón novecientos mil.

Este es uno de los aspectos de la reciente batalla electoral que, si se quiere desentrañar el sentido histórico de la crisis alemana, resulta indispensable analizar, Un observador superficial de la batalla declarara sin duda, absurda

y errónea la posición comunista. Creerá encontrarse ante la más inaudita incoherencia de la revolución. ¿Es concebible -se preguntará- que el comunismo, forzado a votar por la monarquía o la república, haya votado virtualmente por la monarquía? Toda la cuestión no está contenida ni planteada en la pregunta. Pero, de todos modos, bien se puede absolverla afirmativamente. Si; es concebible, es perfectamente concebible que el voto negativo del comunismo, debilitando a la república, haya dado prácticamente la razón a la monarquía. En Inglaterra podía y debía el diminuto partido comunista inglés votar en las elecciones por los candidatos del Labour Party. Le tocaba ahí al comunismo apurar el experimento gubernamental del laborismo. En Alemania, el experimento gubernamental del socialismo se ha cumplido ya. Y die Kommunistische Partei es una falange organizada y poderosa que, en dos oportunidades, ha estado a punto de desencadenar la revolución. En Alemania, sobre todo, el gobierno de la social-democracia mantenía en el ánimo de una gran parte de las masas las beatas ilusiones del sufragio universal. El partido socialista se enervaba en el poder. Esto no le habría importado al partido comunista dentro de un concepto demagógico de concurrencia electoral. Pero la política revolucionaria no puede regirse por esta clase de conceptos. A la política revolucionaria le importaba y le preocupaba el hecho de que el poder socialista enervase, con el partido y su burocracia, al grueso del proletariado. La política comunista, de otro lado, no hace diferencia, entre la monarquía y la república. Una concepción al mismo tiempo realista y mística de la historia la mueve a combatir con la misma energía a la reacción y a la democracia. Y, tal vez, hasta con más vehemencia polémica a ésta que a aquélla. Porque, mientras la reacción, en su empeño romántico de reconstruir el pasado, socava el orden en cuya defensa insurge teóricamente, la democracia seduce con el miraje de la revolución y de la reforma a una parte de las muchedumbres y de los hombres que desean crear un orden nuevo. La reacción, atacando y negando los mitos de la democracia, reanima la beligerancia y la combatividad del socialismo y aún del liberalismo, que en el poder se relajan y se desfibran.

No cabe dentro de los límites de mi artículo una prolija exposición de esta compleja teoría, esbozada por mí otras veces. A este artículo no le corresponde ni le preocupa más que fijar las reales proporciones y esclarecer los verdaderos agentes de la victoria de Hindenburg. Que es una victoria de la reacción, claro está; pero victoria incompleta todavía. La reacción ha conquistado la presidencia de la república tudesca; pero no ha conquistado aún el poder. La democracia conserva intactas sus posiciones en el parlamento. Y bien puede acontecer que al reaccionario Hindenburg le toque gobernar con los fautores de la democracia como al socialista Ebert le tocó gobernar con no pocos fautores de la reacción.

Hindenburg, por otra parte, representa asaz atenuada y mediocrementemente el espíritu de la reacción. Este octogenario Lohengrin de la vieja Alemania tiene un ánimo menos marcial y agresivo de lo que su oficio y su novela inducen a imaginar. Lloyd George ha exagerado ciertamente cuando lo ha definido como un anciano tranquilo con muy pocas ganas de meterse en tremendas aventuras. Pero, en principio, ha enfocado bien al hombre del día. Hindenburg tiene el aire de un viejo burgrave sedentario, protestante, pacífico y un poco reumático. No se sabe, por ejemplo, lo que piense Hindenburg del "racismo" de Ludendorff; pero, si piensa algo, me parece que no debe exceder los límites de lo que puede pensar cualquier inocuo burgués de Hannover. Carece Hindenburg de estilo y de relieves fascistas. Nada denuncia en él al caudillo. Su biografía que, sin el episodio bélico, sería una biografía opaca, es la de un personaje de sencillos contornos. Hindenburg no es un leader. No es un conductor. Es un militar obediente, conservador, monarquista, casado. Como a todos los alemanes le gusta la cerveza y el ganso asado. En su casa existe seguramente una efigie de Federico el Grande. Tiene 77 años de edad, temperamento frío y reservado y muchos y muy gloriosos años de servicio en el ejército del Emperador y del Imperio. Ahora, en atención a estos méritos, sus compatriotas lo han elegido Presidente de la República. He ahí todo el hombre y he ahí también todo el episodio.

* Publicado en Variedades, Lima, 2 de Marzo de 1925.

- EL EXITO MUNDANO DE BELTRAN MASSES*

I

Llegan hasta esta ciudad sudamericana eventuales ecos del éxito mundano del pintor catalán Federico Beltrán Massés. El público de las revistas limeñas sabe, por esos ecos fragmentarios, que Beltrán Massés ha triunfado en París y en Nueva York. Que nuestro ilustre compatriota Ventura García Calderón es uno de los heraldos de su gloria. Y que Camille Mauclair ha saludado con una enfática aclamación el advenimiento del nuevo genio. Poco le falta, por consiguiente, al público de las revistas limeñas para clasificar mentalmente a Beltrán Massés entre los primeros pintores de España y del mundo y para atribuirle un puesto en la jerarquía de Velásquez y de Goya o, al menos, de Zuloaga.

Beltrán Massés resulta en todo caso -aunque no sea sino a través de algunos artículos y de algunos fotograbados- un pintor conocido de nuestro público. Y, además, un pintor de cuya calidad se ha hecho fiador Ventura García Calderón. No es inoportuno ni es inútil, por ende, enfocar la personalidad de Beltrán Massés. Puesto que hasta Lima arriba su fama, los que aquí conocemos la obra de Beltrán Massés podemos decir nuestra opinión sobre su mérito.

II

¿Dónde y cuándo he conocido la pintura de Beltrán Massés? En la Exposición Internacional de Venecia de 1920. Beltrán Massés estuvo exuberantemente representado en esa Exposición. La mostra individuale* de Beltrán Massés, en Venecia, fue, precisamente, el punto de partida de su éxito internacional. Presentó a un mundo cosmopolita veintidós cuadros del pintor mediterráneo, que ocupaban enteramente la V Sala de la Exposición. Entre estos cuadros se contaban la Maja** maldita y otras majas de decisiva influencia en la reputación de Beltrán Massés. [* La exposición individual] [* Se dice, en España, majo o maja a la persona vulgar que expresa desenfado y libertad. El genial pintor español Francisco Goya, hizo célebre el nombre por sus dos cuadros La maja vestida y La maja desnuda]

Visité varias veces la Exposición. Me detuve siempre algunos minutos en la sala de Beltrán Massés. No conseguí nunca que su arte me emocionara o me atrajera. Y cuando un crítico escribió que Beltrán Massés era un Guido da Verona de la pintura, di toda mi adhesión espiritual a este juicio. Sentí concisa y nítidamente formulada mi propia impresión sobre el arte del pintor de estas majas invertebradas y literarias.

La Exposición reunía en Venecia a un egregio conjunto de obras de arte moderno. Cuadros de Paul Cezanne, Ferdinand Hodler, Vicent Van Gogh., Paul Signac, Henri Matisse, Albert Marquet, Antonio Mancini, etc.; esculturas de Alexandre Archipenko. En esta compañía un Beltrán Massés no podía destacarse.

III

En verdad el caso Beltrán Massés y el caso Guido da Verona se parecen extraordinariamente. Son dos casos parejos, dos casos paralelos. Guido da Verona es el Beltrán Massés de la literatura. Como a Beltrán Massés, a Guido da Verona no es posible negarle algunas facultades de artista. (Giovanni Papini y Ferdinando Paolieri, literatos de severo gusto y de honrado dictamen, en su Antología de modernos poetas Italianos, han acordado un pequeño puesto a Guido da Verona). Pero el arte de Guido da Verona es de una calidad equívoca, de un valor feble y de un rango menos que terciario. Lo mismo que el arte de Beltrán Massés. Ambos, el literato italiano y el pintor español, representan la libidine perversa de la post-guerra. El deliquio sensual de una burguesía de nuevos ricos. La lujuria lánguida y morbosa de una época de decadencia.

Todo el éxito de Beltrán Massés proviene de que Beltrán Massés ha hecho en la pintura las mismas cosas que Guido da Verona en la literatura.

IV

No se piense siquiera que en Beltrán Massés se condensa o se expresa toda una época de decadencia. No, El arte de Beltrán Massés es sólo un episodio de la decadencia. Es una anécdota trivial de la decadencia de la decadencia. La pintura contemporánea se anarquiza en una serie de estilos bizarros y de escuelas precarias. Mas, cada uno de estos estilos, cada una de estas escuelas constituye una búsqueda noble, una recherche* inteligente. Los pintores de vanguardia, extrañamente poseídos por el afán de descubrir una verdad nueva, recorren austeramente penosos y miserables caminos. Eliminan de su arte todos los elementos sospechosos de afinidad con el gusto banal de una burguesía pingüe y rastacuera. En cambio, Beltrán Massés conforma sus cuadros y su estética a este gusto mediocre. Esta es la razón de su éxito. Éxito que ya he llamado éxito mundano. Y que no es nada más que eso. Éxito de salón. Éxito de boulevard.** [*Búsqueda, indagación] [**Nombre que se da a las avenidas anchas, en francés, y que se aplica a la significación de populachero]

Las majas de Beltrán Massés son unas lánguidas y delicuescentes flores del mal. No se descubre nada hondo, nada trágico, nada humano en estas majas con carne y ánima de cocottes. Nada hay de común entre las majas de Beltrán y las de Goya. Estas blandas "horizontales" no son ni pueden ser las protagonistas de ningún drama español. Heroínas de music-hall, aguardan pasivamente la posesión de un "nuevo rico".

La España de Beltrán Massés es una España enervada, emasculada, somnolienta, en perenne deliquio.

VI

Los personajes de Beltrán Massés viven en la sombra. Tienen probablemente la sensibilidad refinada y enfermiza de las pequeñas almas de Paul Gerald. Parece que, a media voz, musitan, displicentemente, las mismas cosas:

«Blaise un peu l'abat jour, veux-tu? Nos tserons mieux.

C'est dans l'ombre que les coeurs causeni,
et l'on voit beaucoup mieux les yeux
quand on voit un peu moins les choses».*

[*Hierne un poco el gastado día, ¿quieres? Estaremos mejor. Es en la sombra donde hablan los corazones y se ven mucho mejor los ojos, cuando se ve un poco menos a las cosas. (Traducción literal).]

Laxitud mórbida de nervios que no se sienten bien sino en la sombra. La sombra es el contorno natural de las mujeres de Beltrán Massés. En la sombra brillan mejor los ojos, las gemas y los colores excitantes. En la

sombra se delinear, con más contagiosa lujuria, los pechos, los vientres, los pubis, las ancas, los muslos. Beltrán Massés administra y dosifica diestramente sus sombras y sus colores. Y, así como no ama la plena luz, tampoco ama el desnudo pleno. El desnudo es púdicamente casto o salvajemente voluptuoso. La pintura de Beltrán Massés, por consiguiente, no puede crearlo. El semidesnudo, en tanto, encuentra en esta pintura un clima propicio, un ambiente adecuado. Clima de tibia voluptuosidad. Ambiente de lujuria fatigada, cerebral, estéril.

Ventura García Calderón recuerda, a propósito del arte de Beltrán Massés, una frase de Fromentin sobre el arte de Rembrandt: «Con la noche hizo el día». Beltrán Massés adquiere, en la prosa de Ventura García Calderón, el prestigio un poco esotérico de un pintor de la noche. Pero la tentativa de evocar a Rembrandt, ante los cuadros de Beltrán Massés, me parece totalmente vana. La noche de los personajes de Beltrán Massés es una noche lánguida, mediocre, neurasténica. El arte de Beltrán Massés se refugia en la noche porque es demasiado débil y anémico para resistir la luz fecunda y fuerte del día. Sólo en la sombra pueden brillar las luces extrañas de su pirotecnia. El claroscuro ambiguo de la Maja maldita, de Beltrán Massés, no es jamás el claroscuro enérgico de La Ronda de Noche, de Lección de Anatomía, de los retratos de Saskia y de los otros potentes cuadros de Rembrandt.

La pintura venérea, la pintura pornográfica de Beltrán Massés, exhala el efluvio mórbido de una época de decadencia.

* Publicado en Mundial: Lima, 6 de Marzo de 1925.

- ROMANONES Y EL FRENTE CONSTITUCIONAL EN ESPAÑA*

La escena política española se reanima poco a poco. El Conde de Romanones trabaja por unir a los grupos constitucionales en un frente único más o menos unánime. El fin del Directorio parece próximo. El debate político obtiene de la censura un rigor más elástico. El monólogo de la "Gaceta", no acapara ya toda la atención pública. Los políticos del "viejo régimen", después de un largo período de cazarro silencio, pasan a la ofensiva. Se aprestan a distribuirse equitativamente la herencia del Directorio.

El golpe de estado de Primo de Rivera no los sacó de quicio. Los partidos constitucionales no encontraron prudente ni oportuno en ese instante resistir a la dictadura. El Rey amparaba con su autoridad a los generales que la ejercían. Había que esperar, por consiguiente, que el experimento reaccionario y absolutista se cumpliera. Convenía aguardar una hora más propicia para la defensa de la Constitución y del Parlamento. Los partidos constitucionales no sentían, por el momento, ninguna urgente nostalgia de la Libertad. Aceptaban, transitoriamente, su ostracismo.

Pero, a medida que se constataba el fracaso del Directorio, a medida que el humor del Rey daba señales de embarazo y de inquietud, la nostalgia de la Libertad y de la Constitución se enseñoreó en el ánimo de los partidos

constitucionales. El espíritu de los políticos del "viejo régimen" se iluminó de improviso. La política del Directorio se revelaba impotente y estólida. Luego, era tiempo de declararla mala. Esta declaración, sin embargo, debía ser formulada con un poco de precaución. Por ejemplo, en una carta privada que la indiscreción del Directorio se encargaría de descubrir y denunciar al público. Don Antonio Maura empleó, con escaso éxito, este medio. El Conde de Romanones pensó entonces que, sin renunciar a ninguna de las reservas aconsejadas por el tacto y la prudencia, era el caso de utilizar contra el Directorio un instrumento público.

En esta atmósfera se incubó su Libro Las Responsabilidades del Antiguo Régimen, en el cual el Conde se limita a una ponderada defensa de los estadistas de la Restauración o, mejor dicho, de los estadistas que han gobernado a España de 1875 a 1923. Libro, pues, no de ataque, sino apenas de contra-ataque. A la requisitoria acérrima y destemplada del Directorio contra la vieja política, sus ideas y sus hombres, no responde con una requisitoria contra la Reacción y sus generales. Libro de defensa lo llama en el prologo el Conde de Romanones. "Nadie espere —advierte— encontrar en este libro ni disonancias ni estridencias; no me he propuesto contestar a unos agravios con otros, ni siquiera llamar capítulo de responsabilidades a quienes deben aceptar buena parte de las que graciosamente arrojan sobre los demás". Acerca del Directorio, el Conde de Romanones se contenta con el augurio de que día llegará en que su Libro admita una segunda parte. "Al examen de la obra y de las responsabilidades de ayer seguirá el examen de la obra y de las responsabilidades de hoy".

En un grueso volumen, el Conde de Romanones hace una magra defensa del "antiguo régimen". Con la estadística en la mano, explica como España, en cincuenta años, ha progresado remarcablemente. La agricultura, la industria, la minería, la banca, se han desarrollado. Los negocios prosperan. (La palabra del Conde de Romanones, pingüe capitalista, es a este respecto digna de todo crédito). La población del reino ha aumentado considerablemente. Y no porque los españoles sean más prolíficos que antes —el aumento depende de una menor mortalidad— sino porque viven en mejores condiciones higiénicas. Es cierto que la prosperidad de España no puede absorber ni alimentar a esta sobre-población; pero tal desequilibrio encuentra en la emigración un remedio automático. España ha perdido en los últimos cincuenta años casi todos los restos de su poder colonial. El Conde de Romanones se ve obligado a constatar. Mas se consuela con la satisfacción de que España, instalada en el consejo de la Sociedad de las Naciones, se encontraba en 1922 menos aislada que en 1875.

En materia de política interna, el Conde tiene motivos para mostrarse menos optimista respecto a los resultados de medio siglo de beata monarquía constitucional. No puede hablar, apoyándose en datos estadísticos y en hechos históricos, de un extraordinario progreso democrático. La democracia no ha echado raíces en España. El leader liberal lo reconoce melancólicamente. Un hecho histórico de filiación inequívoca —la dictadura de Primo de Rivera— desvanece toda ilusión sobre la realidad de la democracia española. Malgrado su inagotable optimismo, el Conde de Romanones tiene que conformarse con esta pobre realidad que, desgraciadamente, no puede ser contradicha, o atenuada al menos, por la estadística. Observa con tristeza que "antes se moría por la libertad, por ella se afrontaban persecuciones, mientras que hoy... hoy los nietos de aquellos que murieron o estuvieron dispuestos a morir por la libertad, niegan esa libertad". La crisis de la libertad —una de las crisis contemporáneas— consterna al Conde. Un viejo y ortodoxo liberal no puede explicársela. Le resulta absolutamente inasequible e impenetrable la idea de que la libertad no es el mito de esta época. O, más bien, de que la libertad tiene ahora otro nombre. La libertad jacobina y monárquica del conde millonario no es, ciertamente, la libertad del Cuarto Estado. Al proletariado socialista no le interesa demasiado la libertad cara al Conde de Romanones. El Conde piensa que "un pueblo que permanece insensible ante la negación de su Estatuto fundamental y de las garantías más esenciales para su derecho y su vida, es un pueblo que no puede ofrecer apoyo alguno al gobierno para emprender una obra de aliento". Pero este es un mero error de perspectiva histórica. Las muchedumbres contemporáneas, insensibles a su Estatuto fundamental, más insensibles todavía al verbo del Conde Romano-nes, no creen ya que el régimen monárquico-constitucional-parlamentario les asegura las "garantías esenciales para su derecho y su vida". Hacia la reivindicación de otras garantías, que no son las que bastan al Conde de Romanones, se mueven hoy las masas.

El propio conde, por otra parte, se muestra dispuesto a sacrificar prácticamente muchos de los principios de su liberalismo. Propugna actualmente la formación de un frente único constitucional. En este frente único se confundirían y se amalgamarían liberales y conservadores de todos los matices. Confusión y amalgama que ya se ha ensayado y practicado otras veces en España en servicio de las mismas instituciones: monarquía y parlamento. Confusión y amalgama que, en estos tiempos, no constituyen además la conciliación de dos términos antitéticos y contrarios. Los términos liberalismo y conservadorismo han perdido su antiguo sentido histórico. Entre liberales y conservadores no existe hoy ninguna diferencia

insuperable. La política de los liberales no se distingue fundamentalmente de la política de los conservadores. Ante la cuestión social, conservadores y liberales tienen casi la misma posición y el mismo gesto. El Conde de Romanones lo admite en varias páginas de su libro al constatar que la reforma social no ha marchado en España más a prisa bajo los gobiernos liberales que bajo los gobiernos conservadores. Puede agregarse que teóricamente los liberales se encuentran a veces más embarazados que los conservadores para una política de reforma social. Sus ideas individualistas les impiden, frecuentemente, adaptarse a la concepción "intervencionista" del Estado.

El Conde de Romanones da, en cambio, en el blanco cuando dispara el vano y absurdo empeño de los hombres del Directorio de crear, con el título de Unión Patriótica y sobre una caótica base, un partido nuevo. "Intentar substituir —escribe— los antiguos partidos por otros impuestos de arriba a abajo, es contra naturaleza, es una monstruosidad política y social, que empéñese quien se empeñe, no fructificara. Porque los partidos tienen su biología, que no depende de los caprichos de los hombres ni de las arbitrariedades de los gobernantes. Y la primera ley reguladora de esa biología, es que nacen y crecen de abajo arriba".

No es posible, sin embargo, que Romanones se persuada de que los viejos partidos están, más o menos, en el mismo caso. Sus raíces históricas se han envejecido, se han secado. Ha dejado de alimentarlas el "humus" del suelo. El Conde de Romanones no ignora, probablemente, estas cosas; pero necesita, de todos modos, negarlas. Y de ahí que invite a todos los grupos constitucionales a la reconquista del gobierno bajo la bandera de la Constitución y la Monarquía. Puesto que la España nueva no está aún madura, la España vieja reivindica su derecho a la vida y al poder. El panfleto antimonárquico de Blasco Ibáñez conviene a los fines de los políticos y los partidos que se turnaban hasta 1923 en el gobierno de España. El inocuo y literario Republicanismo de Blasco Ibáñez llega a tiempo para probar la irrealidad del peligro Republicano; pero llega a tiempo también para intimar a la Monarquía la vuelta a la Constitución. Los liberales y los demócratas españoles se complacen de esta ocasión de ofrecer al Rey y de comprometerse a no pedirle cuentas por el golpe de Estado de setiembre. El Intermezzo despótico, militar y reaccionario del Directorio será, en su recuerdo, una alegre aventura, una escapada nocturna de un Rey un poco truhán y un poco bohemio.

Acaso por ésto, más que por la censura, Romanones y el frente constitucional no manifiestan mucha agresividad contra el Directorio. El Directorio, después de todo, como anoté en otro artículo, no es sino un

episodio, una anécdota de la "vieja política". Los cincuenta años de política y administración mediocres, que el Conde Romanones revista en su libro, tienen en el Directorio su fruto más genuino. El golpe de Estado de setiembre ha germinado en la entraña de la "vieja política". Ni el "antiguo régimen" puede renegar al Directorio. Ni el Directorio puede renegar al "antiguo régimen". El frente constitucional tiene, en el fondo, ante los problemas de España, la misma actitud que Primo de Rivera y sus generales. Romanones no propone ninguna solución nueva, ningún remedio radical. El programa del frente constitucional es sólo un programa negativo. Se dirige a una meta asaz modesta: la restauración de la Restauración. En esta receta simplista parece condensarse y agotarse todo el ideal, todo el impulso y toda la doctrina de los leaders del régimen constitucional.

 * Publicado en Variedades, Lima, 14 de Marzo de 1925.

- SUN YAT SEN*

La revolución china ha perdido su más conspicua figura. En los mayores episodios de su historia, ocupó Sun Yat Sen una posición eminente. Sun Yat Sen ha sido el leader, el condottiere, el animador máximo de una revolución que ha sacudido a cuatrocientos millones de hombres.

Perteneció Sun Yat Sen a esa innumerable falange de estudiantes chinos que, nutridos de ideas democráticas y revolucionarias en las universidades de la civilización occidental, se convirtieron luego en dinámicos y vehementes agitadores de su pueblo.

El sino histórico de la China quiso que esta generación de agitadores, educada en las universidades norteamericanas y europeas, crease en el escéptico y aletargado pueblo chino un estado de ánimo nacionalista y revolucionario en el cual debía formarse una vigorosa voluntad de resistencia al imperialismo norteamericano y europeo. Forzada por la conquista, la China salió de su clausura tradicional, para, luego, reentrar mejor en sí misma. El contacto con el Occidente fue fecundo. La ciencia y la filosofía occidentales no debilitaron ni relajaron el sentimiento nacional chino. Al contrario, lo renovaron y lo reanimaron. La transfusión de ideas nuevas rejuveneció la vieja y narcotizada ánima china.

La China sufría, en ese tiempo, los vejámenes y las expoliaciones de la conquista. Las potencias europeas se habían instalado en su territorio. El Japón se había apresurado a reclamar su parte en el metódico despojo. La revuelta boxer había costado a la China la pérdida de las últimas garantías de su independencia política y económica. Las finanzas de la nación se hallaban sometidas al control de las potencias extranjeras. La decrepita dinastía manchú, de otro lado, no podía oponer a la colonización de la China casi ninguna resistencia. No podía suscitar ni presidir un renacimiento de la energía nacional. Impotente, inválida, ante ninguna abdicación de la soberanía nacional era ya capaz de retroceder. No la asistían ni la adhesión ni la confianza populares. Exangüe, anémica, extraña al pueblo, vegetaba lánguida y pálidamente. Representaba sólo una feudalidad moribunda, cuyas raíces tradicionales aparecían cada vez más envejecidas y socavadas.

Las ideas nacionalistas y revolucionarias, difundidas por los estudiantes e intelectuales, encontraron, por consiguiente, una atmósfera favorable. Sun Yat Sen y el partido Kuo-Ming-Tang promovieron una poderosa corriente Republicana. La China se aprestó a adoptar la forma y las instituciones demo-liberales de la burguesía europea y americana. No cabía, absolutamente, en la China, la transformación de la monarquía absoluta en una monarquía constitucional. Las bases de la dinastía manchú estaban totalmente minadas. Una nueva dinastía no podía ser improvisada. Sun Yat Sen no proponía, por consiguiente, una utopía. Había que intentar, de hecho, la fundación de una república, que no naciera, por supuesto, sólidamente cimentada, pero que, a través de las peripecias de un lento trabajo de afirmación, encontraría al fin su equilibrio. Los acontecimientos dieron la razón a estas previsiones.

La dinastía manchú se derrumbó, definitivamente, al primer embate recio de la revolución. La insurrección estalló en Wu Chang, capital de la provincia de Hu-Pei, el 10 de octubre de 1911. La monarquía no pudo defenderse. Fue proclamada la república. Sun Yat Sen, jefe de la revolución, asumió el poder. Pero Sun Yat Sen se dio cuenta de que su partido no estaba aún maduro para el gobierno. La dinastía había sido fácilmente vencida; pero los latifundistas, los tuchuns, los latifundistas del Norte conservaban sus posiciones. Las ideas liberales habían fructificado y prosperado en el Sur donde la población, mucho más densa, se componía principalmente de pequeños burgueses. En el Norte dominaba la gran propiedad. El partido Kum-Ming-Tang no había conseguido desarrollarse ahí.

Sun Yat Sen dejó el gobierno a Yuan Shi Kay que, dueño de un antiguo prestigio de estadista experto, contaba con el apoyo de la clase conservadora y de los jefes militares. El gobierno de Yuan Shi Kay representaba un compromiso. Le tocaba desenvolver una política de conciliación de los intereses capitalistas y feudales con las ideas democráticas y republicanas de la revolución. Pero Yuan Shi Kay era un estadista del antiguo régimen. Un estadista escéptico respecto a los probables resultados del experimento republicano. Además, se apoderó pronto de él la ambición de devenir Emperador. Y en diciembre de 1915 creyó llegada la hora de realizar su proyecto. La restauración resultó precaria. El nuevo imperio no duró sino ochentaitres días. El sentimiento revolucionario, que se mantenía vigilante, volvió a imponerse. Abandonado por sus propios tenientes, Yuan Shi Kai tuvo que abdicar

Pero, año medio después, otra tentativa de restauración monárquica puso en peligro la República. Y, vencida entonces, la reacción no ha desarmado hasta ahora. El mandarinismo, el feudalismo, que la revolución no ha podido todavía liquidar, han conspirado incesantemente contra el régimen democrático. Tampoco la revolución ha desmovilizado sus legiones. Sun Yat Sen ha seguido siendo, hasta su muerte, uno de sus animadores.

En 1920, el conflicto entre las provincias del sur, dominadas por el partido Kuo-Ming-Tang y las provincias del norte dominadas por el partido An-Fu y por el caudillaje tuchun, produjo una secesión. Se constituyó en Canton un gobierno independiente encabezado por Sun Yat Sen. Y este gobierno hizo de Cantón una ciudadela de la agitación nacionalista y revolucionaria. Condenó y rechazó el pacto suscrito en Washington en 1921 por las grandes potencias con el objeto de fijar los límites de su acción en la China. Combatió todos los esfuerzos de la dictadura del Norte por someter la China a un régimen excesivamente centralista, contrario a las aspiraciones de autonomía administrativa de las provincias. Contestó a la organización de un movimiento fascista, financiado por la alta burguesía de Canton, con la movilización armada del proletariado.

Educado en la escuela de la democracia, Sun Yat Sen supo, sin embargo, en su carrera política, traspasar los límites de la ideología liberal. Los mitos de la democracia (soberanía popular, sufragio universal, Etc.) no se enseñorearon de su inteligencia clara y fuerte de idealista práctico. La política imperialista de las grandes potencias occidentales lo ilustró plenamente respecto a la Calidad de la justicia democrática. La revolución rusa, finalmente, lo iluminó sobre el sentido y el alcance de la crisis contemporánea. Su agudo instinto revolucionario lo orientó hacia Rusia y sus hombres. Sun Yat Sen veía en Rusia la liberadora de los pueblos de

Oriente. No pretendió nunca repetir, mecánica-mente, en la China los experimentos europeos.

Conformaba, ajustaba su acción revolucionaria a la realidad de su país. Quería que en la China se cumpliera una revolución china así como en Rusia se cumple, desde hace siete años, una revolución rusa. Su conocimiento de la cultura y del pensamiento occidentales no desnacionalizaba, no desarraigaba su alma al mismo tiempo profundamente china y profundamente humana. Doctor de una universidad norteamericana, frente al imperialismo yanqui, frente al orgullo occidental, prefería sentirse solo un coolí. Sirvió austera, abnegada y dignamente el ideal de su pueblo, de su generación y de su época. Y a este ideal dio toda su capacidad y toda su vida.

* Publicado en Variedades, Lima, 28 de Marzo de 1923.

- CAILLAUX Y LA ACTUALIDAD POLÍTICA FRANCESA*

Con el retorno de Caillaux ha empezado, en la escena política francesa, el segundo acto del episodio radical-socialista. Desde el reingreso de Caillaux en París, el ministerio de Herriot da la sensación de un ministerio interino. No parece siquiera que gobernase como antes. Parece que gobernase provisoria-mente. Herriot no tiene ya el aire de un jefe. Tiene, más bien, el aire de un vicario.

En verdad, esta interinidad de Herriot se manifestaba larvadamente en su gobierno desde la primera hora. El retorno de Caillaux no ha hecho sino evidenciarla y precisarla. La luz del banquete de Magic-City ha revelado el verdadero contorno del ministerio de Herriot; no ha modificado ni alterado su posición ni su sustancia.

A Herriot le ha tocado, en este capítulo de la política francesa, una función transitoria: conducir a la batalla electoral, con un programa apropiado para ganar la mayoría de los sufragios, al bloque radical-socialista; desalojar y reemplazar íntegramente en el gobierno al bloque nacional desafiando todos los riesgos de un golpe de estado de Millerand y de las derechas; amnistiar a Caillaux y a Malvy y liquidar las más molestas y urgentes de las obligaciones adquiridas con la sucesión de Poincaré o contraídas ante el

electorado por los candidatos de las izquierdas. En esta función, que su gobierno cumple cada vez con mayor fatiga, Herriot se ha gastado sensiblemente. Y en el bloque de izquierdas, han aparecido, amenazadoras, algunas graves fisuras.

Briand, que representa en la composición del bloque a los elementos menos seguros, ensayó, últimamente contra el ministerio una de las maniobras parlamentarias en las cuales es experto, abandonando a Herriot en el asunto de la supresión de la embajada ante el Vaticano, o sea en un debate en el cual la oposición, con especial ardimiento, lanzó a sus fuerzas al ataque. El redomado parlamentario que vive en perenne acecho del poder, impugnó la supresión de esa embajada a sabiendas de que el gobierno de Herriot no podía ceder en este asunto sin renegar una de las aserciones y una de las promesas más reiteradas de su programa. Bajo su intervención en el debate se disimulaba mal su deseo de torpedear a Herriot.

De otro lado, en el reciente congreso del partido socialista, los fautores del ministerio no obtuvieron fácilmente el acuerdo de la asamblea respecto a las condiciones del mantenimiento de la colaboración socialista. La tesis colaboracionista salió victoriosa del debate y de la votación; pero no sin haber sufrido embates y críticas de los oradores minoritarios que la dejaron bastante mal parada. La mayoría tuvo que aceptar, parcialmente, las reservas de la minoría sobre el porvenir de las relaciones del socialismo con el radicalismo. Los oradores de la minoría pronunciaron una acida requisitoria contra la política de Herriot que no se ajusta estrictamente al programa electoral del cartel de izquierdas. El acuerdo de la asamblea, además, fue alcanzado en torno a una fórmula un tanto ambigua.

Para seguir navegando entre estos arrecifes de la política parlamentaria, el bloque radical-socialista siente la necesidad de un piloto de más autoridad y experiencia que Herriot. La vuelta de Caillaux ha sido, por esto, saludada y festejada, con entusiasta y exultante espíritu, por los políticos de este conglomerado. Caillaux no ha asumido todavía la jefatura del bloque de izquierdas. No se ha reinstalado aún en la jefatura del consejo de ministros. Pero, de hecho, el jefe es ya él. En el banquete de Magic-City, radicales y socialistas de todos los matices, presididos por un honesto y antiguo soldado de la democracia francesa, Ferdinand Buisson, lo han declarado su leader y su caudillo. Y en su discurso de ese día, en respuesta a quienes en nombre de la democracia francesa lo desagradiaban de los vejámenes y de los ultrajes del bloque nacional, el hombre del "Rubicón" ha bosquejado las líneas fundamentales de un programa de gobierno. A partir de esa fecha. M. Joseph Caillaux, rehabilitado políticamente después de algunos años de ostracismo, es el candidato de las izquierdas a la presidencia del consejo de

ministros.

No es el caso, por supuesto, de juzgar inminente una crisis ministerial. La candidatura de Caillaux a la presidencia del consejo oficial y parlamentariamente no existe todavía. Herriot cuenta todavía con la confianza de la mayoría parlamentaria. Pero, fuera del parlamento, la candidatura de Caillaux hace su camino. No importa que la interinidad de Herriot dure aún algún tiempo. Cualquiera que sea el tiempo que dure, sera siempre una interinidad.

Una buena parte de la burguesía francesa quiere un gobierno Republicano y democrático. Pero, sobre todo, quiere que este gobierno sea, además, un gobierno fuerte. ("Un gobierno que gobierne", como, decía en otro tiempo el propio Caillaux). Para encabezar este gobierno. Joseph Caillaux le parece un hombre a propósito. La finanza, la banca, especialmente, tienen en la capacidad de economista de Caillaux una ilimitada confianza. En las mismas filas de las derechas, Caillaux es considerado un estadista de talla excepcional. Un escritor reaccionario ha escrito últimamente en "La Liberté" estas palabras: "Que se le ame o que se le odie, Caillaux es de todos modos alguien".

¿Cuál es el programa de gobierno de Caillaux? En su discurso de Magic-City, el leader radical se ha mostrado mesurado y prudente. Un comentarista penetrante ha definido así ese discurso: "M. Caillaux ha jugado en Magic-City la carta audaz que el diablo le ofrecía. Ha tentado de hacer entrar un programa conservador dentro de un formulario demagógico". Este juicio precisa muy bien la posición teórica y práctica de Caillaux. El autor de ¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa? cree que "hay que reformar y rehacer el Estado"; pero repudia toda reconstrucción que no acepte como base la economía capitalista. Se preocupa, principalmente, de reclamar orden y ahorro en la administración como medio de normalizar la situación económica y financiera de Francia. Evita toda proposición demagógica que pueda enajenarle la confianza del capital financiero. Aunque su ambición vuele muy alto, Caillaux no aparece, en esta época de excepción, como un reformador. Se conforma con el rol asaz modesto de normalizador. Reformar o rehacer el Estado le interesa mucho menos que reordenar o reorganizar la hacienda y la economía francesas.

En su famoso libro ¿A dónde va Francia? ¿A dónde va Europa?, Caillaux hablaba de "las condiciones de un orden nuevo". Aunque reafirmaba su filiación democrática, reconocía la decadencia de algunas formas, consideradas esenciales, de la democracia. Arribaba a esta conclusión: "Mantener las asambleas parlamentarias no dejándoles sino derechos

políticos, nada más que una misión de control superior, confiar a nuevos organismos la dirección completa del Estado económico, hacer en una palabra la síntesis de la democracia de tipo occidental y del soviétismo ruso, tal es el objetivo por alcanzar". Pero Caillaux no formulaba concretamente las condiciones de un orden nuevo. Se contentaba con imaginar abstracta y ecléctica-mente algunos rasgos de un probable o deseable compromiso entre el capitalismo y la revolución. Y de la fecha en que, exiliado de su país y de la política, escribía su libro, en esta otra fecha en que, amnistiado y vindicado, se prepara a la reconquista del gobierno, Caillaux no ha avanzado nada en la definición del orden nuevo tan vagamente esbozado en su plan de reconstrucción de Europa y de Francia.

Caillaux tiene, en la actualidad política francesa, el papel de caudillo de la Democracia. Lo vemos rodeado de los más ilustres adherentes a la Liga de los Derechos del Hombre y de los más ortodoxos partidarios de la Tercera República. Sus opiniones nos demuestran, sin embargo, que Caillaux es un demócrata sin excesivas supersticiones democráticas. (Acerca de este aspecto de su personalidad, según sus adversarios de la derecha, el Rubicón y el plan anexo de un golpe de estado, cuyo secreto confió Caillaux a la insegura caja de seguridad de un banco, nos ilustran más completamente).

El proceso, la condena, el destierro, están virtual y formalmente olvidados. Amigos y enemigos saben perfectamente que la "alta traición" de Caillaux no fue sino un "accidente del trabajo". Uno de los varios accidentes del trabajo a que se hallan expuestas la vida y la fortuna de los políticos.

* Publicado en Variedades, Lima, 4 de Abril de 1925.

- EL SECTOR SOCIALISTA*

En la escena política francesa, el partido socialista tiene un rol primario. Un periodista escribía recientemente en un diario de París: "los radicales-socialistas ejercen el gobierno, pero los socialistas lo inspiran". El acuerdo de las opiniones, sobre este punto, es, por supuesto, absolutamente imposible. Las derechas declaran a Herriot prisionero del partido socialista. La extrema izquierda, en tanto, considera al partido socialista prisionero de Herriot y de su política. Pero ni una ni otra tesis extrema impide ver en el partido socialista francés a un protagonista de la lucha política que, con la dimisión del ministro de finanzas Clementel, ha adquirido una tensión dramática.

Para conocer la personalidad y comprender la posición del partido socialista francés no basta la luz de los últimos acontecimientos. Exploremos, pues, velozmente, su composición, su ideología y su historia.

¿Los socialistas no son, entonces, sino una base parlamentaria del ministerio Herriot? ¿Sólo una base parlamentaria y no una base ideológica? la distinción entre una y otra cosa resultaría una distinción arbitraria y ficticia. Al asimilarse una parte de la materia socialista, la burguesía radical no puede escapar al riesgo de asimilarse también una parte de la idea

socialista. Herriot, si no se apoyase en los socialistas, no se inclinaría fácilmente a buscar la solución de la crisis financiera de Francia en un cupo al capital. Atenuada, deformada, suavizada en cualquier forma, esta medida aparece siempre como una medida de inspiración socialista.

¿Cuál tesis contiene, luego, mayor suma de verdad? ¿La de que el socialismo deviene democrático? ¿O la de que la democracia deviene socialista? He ahí un interesante problema de nuestro tiempo.

* Publicado en Variedades, Lima, 11 de Abril de 1925.

- EL LIBRO Y LAS AVENTURAS DE FERNANDO OSSENDOWSKI*

La crónica literaria del año último contiene una estruendosa anécdota editorial: el proceso del libro *Bestias, Hombres y Dioses* del profesor polaco Fernando Ossendowski. Una revisión sumaria de las piezas de este proceso puede interesar a nuestro público. El libro de Ossendowski, lanzado en el mercado español con el mismo estrépito que en los demás mercados, es ya un libro asaz conocido entre nosotros. Al menos entre las personas enteradas de las novedades literarias. *El Sol*, de Madrid, publicándolo como folletín, ha concurrido a darle una extensa difusión hispano americana.

Bestias, Hombres y Dioses apareció, en el curso del año, traducido a las principales lenguas europeas, en las vitrinas de todas las grandes librerías de Europa Occidental. El título bastaba para atraer la atención de la gente que busca, en la literatura contemporánea, manjares nuevos y extraños. ¿*Bestias, Hombres y Dioses*? No podía llamarse así un libro común. El menú de las casas editoriales ofrecía inequívocamente, en este caso, un plato insólito. La faja que ceñía el volumen anunciaba una «odisea verídica más interesante mil veces que los viajes de Marco Polo». El público no podía dudar de que se encontraba ante una "gran atracción" del afeo

literario.

Todos los detalles de la presentación eran de factura norteamericana, cosa muy natural. El suceso del libro había sido cuidadosamente preparado en los Estados Unidos. Mr. Lewis Stanton Palen, su editor y traductor al inglés, organizaba y dirigía la réclame, aplicando a esta empresa todos los procedimientos de la técnica yanqui.

Bestias, Hombres y Dioses pasaba por un producto más o menos polaco o, mejor aún, eslavo; pero en realidad, editorialmente, se trataba de una mercadería norteamericana. La marca de fábrica registrada decía: Copyright by Lewis S. Palen.* [* Derechos reservados por L. S. P]

Pero estas circunstancias, un tanto disimuladas, no impresionaban el apetito del público, ávido de saciarse del "plato del día", sin muchos escrúpulos respecto a su cocina. El tema del libro tenía todas las seducciones posibles de tiempo y de lugar. Se trataba de las bizarras y terribles aventuras vividas por un sabio polaco en el caótico y abstruso Oriente, invadido y estremecido por el bolchevismo. En el mundo del espeluznante relato se reunían, y se combinaban, los elementos más adecuados para excitar y cautivar el gusto del público moderno: esclavismo, orientalismo, budismo, ocultismo, misticismo, bolchevismo, Y todos estos ingredientes, sagazmente dosificados, no eran esta vez servidos en una novela de verosimilitud sospechosa, sino en un diario de viaje, con tono de documento científico e histórico,

«Esta serie de aventuras terribles y apasionantes -escribe Mr. Lewis S. Palen, en la introducción del libro- parece a ratos demasiado audaz en sus colores para ser real, o siquiera posible, en nuestra época. Yo debo, por consiguiente, advertir al lector, desde un principio, que Fernando Ossendowski es un sabio y un escritor cuya experiencia y hábitos de observación minuciosa son una garantía de exactitud y de verdad». Bestias, Hombres y Dioses estaba escrito, además, en el estilo, aunque sin la precisión, de un diario de viaje. Y, para que no le faltase ningún atributo de seriedad, los editores habían cuidado de anexarle una carta geográfica de la Siberia, la Mongolia, el Tibet y la Manchuria, con el itinerario de la odisea de Ossendowski marcado en rojo.

El libro habría conservado por mucho tiempo este prestigio, si los hombres de ciencia europeos, poco satisfechos de la garantía norteamericana, no hubiesen denunciado la calidad de la manufactura. Ossendowski fue acusado de mistificación y de impostura por las críticas, casi simultáneas, de tres profesores de diversas nacionalidades y diferentes ciencias. El

doctor George Montandon escribió una refutación geográfica del relato de Ossendowski, remarcando y analizando, con incontestable competencia, la inverosimilitud de varias jornadas del fabuloso viaje del profesor polaco, fugitivo de la Siberia bolchevizada. Las distancias indicadas por Ossendowski eran, en no pocos casos, escandalosamente erróneas; y el tiempo en que Ossendowski pretendía haberlas recorrido -165 a 185 kilómetros diarios, a caballo y por ásperas rutas- aparecía completamente inaceptable. Sven Hedin, de Estocolmo, autor del libro *De Pekin a Moscú*, descubrió en *Bestias, Hombres y Dioses* errores históricos y geográficos de gruesas proporciones. Y el profesor Wendling, de Ludwigsburg, contestó toda la cronología del libro en una requisitoria formulada con minuciosidad implacable y tudesca. Los traductores y editores de Ossendowski ensayaron débilmente algunas maniobras de defensa. Mas Ossendowski, acosado por sus críticos, que lo trataban de impostor, charlatán y alucinado, tuvo que retroceder ante el ataque. «Mi libro -confesó en una carta del 22 de noviembre al *Journal Litteraire**- es una novela que yo no me habría permitido jamás presentar a una sociedad científica. Bien podía yo haber escrito este libro sin antes haber visitado nunca ni la Mongolia ni el Tibet».

[* Diario literario].

El episodio más interesante de este proceso se desarrolló en la redacción de la revista *Nouvelles Litteraires*,* de París. Ossendowski y su acusador el doctor Montandon comparecieron, en la redacción de esa revista, ante una improvisada Corte de Assises.** El doctor Montandon, en el rol de Fiscal, pronunció una rigurosa y documentada requisitoria. Pierre Benoit y Henri Massis hicieron de abogados del acusado. Y Ossendowski se atrincheró en el argumento de que su libro no constituía un relato científico, insistiendo, naturalmente, como no podía dejar de hacerlo, en la realidad de sus aventuras y andanzas. El acta de la reunión, redactada con sagacidad y eclecticismo muy franceses, establece que «la obra de Ossendowski, como él mismo lo ha declarado a las Sociedades geográficas de París y de Londres, así como a otras Sociedades, no es de orden científico, sino una obra compuesta de elementos relativos a impresiones personalmente vividas o a relatos recogidos por el escritor». Agrega el acta que «contraria-mente a las deducciones sacadas por M. Montandon de la cronología del libro, M. Ossendowski mantiene que ha estado en el Tibet (parte Norte), lo que M. Montandon continúa contestando» [* Novedades literarias][]** Tribunal de Jurados]

El verdadero carácter de *Bestias, Hombres y Dioses*, quedó así fijado. El señor Fernando Ossendowski, profesor de Ciencias Exactas, ingeniero de minas, técnico en cuestiones industriales, no ha escrito, como sus editores y traductores trataban de hacer creer al público, un relato científico e histórico de su vida en Mongolia y el Tibet, sino, como al interés de los

mismos comerciantes y del propio escritor polaco convenía, un relato novelesco e imaginativo. En este género, el profesor polaco ha debutado con un sonoro éxito editorial y con algún éxito literario. Las escenas de la Mongolia del libro de Ossendowski son interesantes. Mucho más interesantes que las escenas del terror bolchevique en Siberia y Mongolia, escritas con una intención demasiado evidente y vulgar de detractar a los bolcheviques. El profesor Ossendowski ha tratado, a este respecto, un argumento explotado con más imaginación por muchos escritores de la prensa sensacional y folletinesca. Y, en cuanto al viaje al Tibet, literariamente resulta también inexistente. No hay en el libro ninguna escena viviente, ninguna emoción vigorosa de este viaje de cerca de tres meses por ese país abrupto, misterioso e inasequible. Ossendowski pasa como sobre ascuas en esta parte de su aventura. Lo que me mueve a creer, no obstante todo lo que su viaje tiene de imaginario, que la imaginación literaria de Ossendowski es bastante modesta y limitada en sus creaciones. Las mejores impresiones del libro son, sin duda, las más verdaderas. La figura del Barón Ungern von Sternberg es la única que vive patentemente en algunas escenas de Bestias, Hombres y Dioses.

¿Por qué? Probablemente por haber sido la más verídicamente comprendida y reflejada. Los hechos mediocres, los hechos inventados, carecen de vida. La realidad se ha vengado de Ossendowski en la ficción.

Ossendowski, sin embargo, alentado por el éxito de Bestias, Hombres y Dioses, se propone escribir otras novelas. El número de marzo de Europe trae una entrevista de un escritor de esa revista, en la que el profesor polaco declara: «En Polonia los editores se han preguntado si no podría suministrarles libros de viaje y de aventura. Tengo la intención de escribir relatos sobre Marruecos, después sobre el África Central, después sobre la América del Sur y las islas de Oceanía».

El escritor de Europe responde a Ossendowski, reconociéndole el derecho incuestionable de adoptar este género literario; pero negándole el derecho a que una casa editorial lo clasifique entre los exploradores, y levante cartas de sus viajes imaginarios.

Los propósitos de Ossendowski no tienen interés para la literatura. Tienen, en cambio, algún interés para los sudamericanos. Ossendowski amenaza a la América del Sur con una aventurera excursión de su fantasía. Y, sobre todo, con un libro lanzado en gran estilo por la firma Lewis S. Palen. O sea con un libro Made in U.S.A.

* Publicado en Mundial: Lima, 24 de Abril de 1925.

- ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO?*

I

Hace cuatro meses, en un artículo sobre la idea de un congreso de intelectuales íbero-americanos, formulé esta interrogación. La idea del congreso ha hecho, en cuatro meses, mucho camino. Aparece ahora como una idea que, vaga pero simultáneamente, latía en varios núcleos intelectuales de la América indo-íbera. Como una idea que germinaba al mismo tiempo en diversos centros nerviosos del continente. Esquemática y embrionaria todavía, empieza hoy a adquirir desarrollo y corporeidad.

En la Argentina, un grupo enérgico y volitivo se propone asumir la función de animarla y realizarla. La labor de este grupo tiende a eslabonarse con la de los demás grupos íbero-americanos afines. Circulan entre estos grupos algunos cuestionarios que plantean o insinúan los temas que debe discutir el congreso. El grupo argentino ha bosquejado el programa de una "Unión Latino-Americana". Existen, en suma, los elementos preparatorios de un debate, en el discurso del cual se elaborarán y se precisarán los fines y las bases de este movimiento de coordinación o de organización del pensamiento hispano-americano como, un poco abstractamente aún suelen definirlo sus iniciadores.

II

Me parece, por ende, que es tiempo de considerar y esclarecer la cuestión planteada en mi mencionado artículo. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispano-americano? Creo que, a este respecto, las afirmaciones de los fautores de su organización van demasiado lejos. Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Ibero-América, han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispano-americano. El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aseeraciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos.

«Nuestra América -escribe Palacios- hasta hoy ha vivido de Europa teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución». No es posible sorprenderse de que estas frases hayan estimulado una interpretación equivocada de la tesis de la decadencia de Occidente. Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea. El tiempo del verbo se presta al equívoco. El juicio del lector simplista deduce de la frase de Palacios que "hasta ahora la cultura europea ha nutrido y orientado" a América; pero que desde hoy no la nutre ni orienta más. Resuelve, al menos, que desde hoy Europa ha perdido el derecho y la capacidad de influir espiritual e intelectualmente en nuestra joven América. Y este juicio se acentúa y se exacerba, inevitablemente, cuando, algunas líneas después, Palacios agrega que "no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas" y quiere que nos emancipemos del pasado y del ejemplo europeo.

Nuestra América, según Palacios, se siente en la inminencia de dar a luz una cultura nueva. Extremando esta opinión o este augurio, la revista Valoraciones habla de que «liquidemos cuentas con los tópicos al uso, expresiones agónicas del alma decrépita de Europa».

¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispano-americana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está

bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga "Por mi raza hablará el espíritu".* Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea. [* Lema creado por José Vasconcelos para la Universidad Nacional de México]

La civilización occidental se encuentra en crisis; pero ningún indicio existe aún de que resulte próxima a caer en definitivo colapso. Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y parálitica. Malgrado la guerra y la post-guerra conserva su poder de creación, Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa. La teoría de la decadencia de Occidente, producto del laboratorio occidental, no prevé la muerte de Europa sino de la cultura que ahí tiene sede. Esta cultura europea, que Spengler juzga en decadencia, sin pronosticarle por esto un deceso inmediato, sucedió a la cultura greco-romana, europea también. Nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa renueve y se transforme una vez más. En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palingenesis.** Los mayores artistas, los mayores pensadores contemporáneos, ¿no son todavía europeos? Europa se nutre de la savia universal. El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer. [** Resurrecciones, regeneraciones]

III

Tornemos a nuestra cuestión. ¿Existe un pensamiento característicamente hispano-americano?

Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etc., en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispano-americano. Todos los pensadores de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales. El pensamiento hispano-americano no es generalmente sino una rapsodia compuesta con motivos y elementos del pensamiento europeo. Para comprobarlo basta revistar la obra de los más altos representantes de la inteligencia indo-íbera.

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza,

están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, -en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad— no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado.

En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Palacios dice: «Somos pueblos nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva. Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas». En la Argentina es posible pensar así; en el Perú y otros pueblos de Hispano-América, no. Aquí la síntesis no existe todavía. Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

IV

El debate que comienza debe, precisamente, esclarecer todas estas cuestiones. No debe preferir la cómoda ficción de declararlas resueltas. La idea de un congreso de intelectuales ibero-americanos será válida y eficaz, ante todo, en la medida en que logre plantearlas, El valor de la idea está casi íntegramente en el debate que suscita.

El programa de la sección Argentina de la bosquejada Unión Latino-Americana, el cuestionario de la revista Repertorio Americano de Costa Rica y el cuestionario del grupo que aquí trabaja, por el congreso, invitan a los intelectuales de nuestra América a meditar y opinar sobre muchos problemas fundamentales de este continente en formación. El programa de la sección Argentina tiene el tono de una declaración de principios. Resulta prematuro indudablemente. Por el momento, no se trata sino de trazar un plan de trabajo, un plan de discusión. Pero en los trabajos de la sección Argentina alienta un espíritu moderno y una voluntad renovadora. Este espíritu, esta voluntad, le confieren el derecho de dirigir el movimiento. Porque el congreso, si no representa y organiza la nueva generación

hispano-americana, no representará ni organizará absolutamente nada.

* Publicado en Mundial: Lima, 19 de Mayo de 1925. Reproducido en El Argentino: La Plata, 14 de Junio de 1925

- EL IBERO-AMERICANISMO Y PAN-AMERICANISMO*

El íbero-americanismo reaparece, en forma esporádica, en los debates de España y de la América española. Es un ideal o un tema que, de vez en vez, ocupa el diálogo de los intelectuales del idioma (Me parece que no se puede llamarlos, en verdad, los intelectuales de la raza).

Pero ahora, la discusión tiene más extensión y más intensidad, En la prensa de Madrid, los tópicos del ibero-americanismo adquieren, actualmente, un interés conspicuo. El movimiento de aproximación o de coordinación de las fuerzas intelectuales ibero-americanas, gestionado y propugnado por algunos núcleos de escritores de nuestra América, otorga en estos días, a esos tópicos, un valor concreto y relieve nuevo.

Esta vez la discusión repudia en muchos casos, ignora al menos en otros, el íbero-americanismo de protocolo. (Ibero-americanismo oficial de don Alfonso, se encarna en la borbónica y decorativa estupidez de un infante, en la cortesana mediocridad de un Francos Rodríguez). El íbero-americanismo se desnuda en el diálogo de los intelectuales libres, de todo ornamento diplomático. Nos revela así su realidad como ideal de la mayoría de los representantes de la inteligencia y de la cultura de España y de la América indo-íbera.

El pan-americanismo, en tanto, no goza del favor de los intelectuales. No cuenta, en esta abstracta e inorgánica categoría, con adhesiones estimables y sensibles. Cuenta sólo con algunas simpatías larvadas. Su existencia es exclusivamente diplomática. La más lerda perspicacia descubre fácilmente en el pan-americanismo una túnica del imperialismo norteamericano. El pan-americanismo no se manifiesta como un ideal del Continente; se manifiesta, más bien, inequívocamente, como un ideal natural del Imperio yanqui. (Antes de una gran Democracia, como les gusta calificarlos a sus apologistas de estas latitudes, los Estados Unidos constituyen un gran Imperio). Pero, el pan-americanismo ejerce -a pesar de todo esto o, mejor, precisamente por todo esto- una influencia vigorosa en la América indo-íbera. La política norteamericana no se preocupa demasiado de hacer pasar como un ideal del Continente el ideal del Imperio. No le hace tampoco mucha falta el consenso de los intelectuales. El pan-americanismo borda su propaganda sobre una sólida malla de intereses. El capital yanqui invade la América indo-íbera. Las vías de tráfico comercial pan-americano son las vías de esta expansión. La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan más cada día en la economía de las naciones del Centro y Sur. Puede muy bien, pues, el Imperio del Norte sonreírse de una teórica independencia de la inteligencia y del espíritu de la América indo-española. Los intereses económicos y políticos le asegurarán, poco a poco, la adhesión, o al menos la sumisión, de la mayor parte de los intelectuales. Entre tanto, le bastan para las paradas del pan-americanismo los profesores y los funcionarios que consigue movilizarle la Unión Pan-Americana de Mr. Rowe.

II

Nada resulta más inútil, por tanto, que entretenerse en platónicas confrontaciones entre el ideal íbero-americano y el ideal pan-americano. De poco le sirve al íbero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales. De menos todavía le sirve la elocuencia de sus literatos. Mientras el íbero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios. La burguesía íbero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. El modelo yanqui, el estilo yanqui, se propagan en la América indo-ibérica, en tanto que la herencia española se consume y se pierde.

El hacendado, el banquero, el rentista de la América española miran mucho más atentamente a Nueva York que a Madrid. El curso del dólar les interesa mil veces más que el pensamiento de Unamuno y que La Revista de Occidente de Ortega y Gasset. A esta gente que gobierna la economía y, por ende, la política de la América del Centro y del Sur, el ideal íbero-

americanista le importa poquísimos. En el mejor de los casos se siente dispuesta a desposarlo juntamente con el ideal pan-americanista. Los agentes viajeros del panamericanismo le parecen, por otra parte, más eficaces, aunque menos pintorescos, que los agentes viajeros -infantes académicos- del íbero-americanismo oficial, que es el único que un burgués prudente puede tomar en serio.

III

La nueva generación hispano-americana debe definir neta y exactamente el sentido de su oposición a los Estados Unidos. Debe declararse adversaria del Imperio de Dawes y de Morgan; no del pueblo ni del hombre Norteamericanos. La historia de la cultura norteamericana nos ofrece muchos nobles casos de independencia de la inteligencia y del espíritu. Roosevelt es el depositario del espíritu del Imperio; pero Thoreau es el depositario del espíritu de la Humanidad. Henry Thoreau, que en esta época, recibe el homenaje de los revolucionarios de Europa, tiene también derecho a la devoción de los revolucionarios de Nuestra América. ¿Es culpa de los Estados Unidos si los íbero-americanos conocemos más el pensamiento de Theodore Roosevelt que el de Henry Thoreau? Los Estados Unidos son ciertamente la patria de Pierpont Morgan y de Henry Ford; pero son también la patria de Ralph-Waldo Emerson, de Williams James y de Walt Withman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido así mismo los más fuertes maestros del idealismo continental. Y hoy la misma inquietud que agita a la vanguardia de la América Española mueve a la vanguardia de la América del Norte. Los problemas de la nueva generación hispano-americana son, con variación de lugar y de matiz, los mismos problemas de la nueva generación norteamericana. Waldo Frank, uno de los hombres nuevos del Norte, en sus estudios sobre Nuestra América, dice cosas válidas para la gente de su América y de la nuestra.

Los hombres nuevos de la América indo-ibérica pueden y deben entenderse con los hombres nuevos de la América de Waldo Frank. El trabajo de la nueva generación íbero-americana puede y debe articularse y solidarizarse con el trabajo de la nueva generación yanqui. Ambas generaciones coinciden. Los diferencia el idioma y la raza; pero los comunica y los mancomuna la misma emoción histórica. La América de Waldo Frank es también, como nuestra América, adversaria del Imperio de Pierpont Morgan y del Petróleo.

En cambio, la misma emoción histórica que nos acerca a esta América revolucionaria nos separa de la España reaccionaria de los Borbones y de Primo de Rivera. ¿Qué puede enseñarnos la España de Vásquez de Mella y

de Maura, la España de Pradera y de Francos Rodríguez? Nada; ni siquiera el método de un gran Estado industrialista y capitalista. La civilización de la Potencia no tiene su sede en Madrid ni en Barcelona; la tiene en Nueva York, en Londres, en Berlín. La España de los Reyes Católicos no nos interesa absolutamente. Señor Pradera, señor Francos Rodríguez, quedaos íntegra-mente con ella.

IV

Al íbero-americanismo le hace falta un poco más de idealismo y un poco más de realismo. Le hace falta consustanciarse con los nuevos ideales de la América indo-ibérica. Le hace falta insertarse en la nueva realidad histórica de estos pueblos. El pan-americanismo se apoya en los intereses del orden burgués; el íbero-americanismo debe apoyarse en las muchedumbres que trabajan por crear un orden nuevo. El íbero-americanismo oficial será siempre un ideal académico, burocrático, impotente, sin raíces en la vida. Como ideal de los núcleos renovadores, se convertirá, en cambio, en un ideal beligerante, activo, multitudinario.

* Publicado en Mundial: Lima, 8 de Mayo de 1925.

- LA ESCENA HUNGARA*

Hungría ocupa un puesto muy modesto y muy eventual en las planas del servicio cablegráfico de la prensa americana. Sobre Hungría se sabe y se escribe en general muy poco. En la propia Europa, la nación magiar resulta un tanto olvidada. Nitti es uno de los pocos estadistas europeos que la recuerda y la defiende en sus libros y en sus artículos. Para los demás leaders de la política occidental no existe, con la misma intensidad que para Nitti, un problema húngaro. Parece que, al separarse de Austria, Hungría se ha separado también algo de Occidente.

Sin embargo, Hungría ha sido el escenario de uno de los episodios más dramáticos de la crisis post-bélica. Y el tratado de Trianón aparece desde hace tiempo como uno de los tratados de paz que alimentan en la Europa Central una sorda acumulación de rencores nacionalistas y de pasiones guerreras. Ese tratado mutila el territorio húngaro a favor de Rumanía, de Checo-Eslavia y de Yugo-Eslavia. Según las cifras de un libro de Nitti, La Decadencia de Europa, basada en un prolijo estudio de este tema, Hungría ha perdido el 63 por ciento de su antigua población. Han sido anexados a Rumanía, a Checo-Eslavia y a Yugo-Eslavia, respectivamente, cinco, tres y uno y medio millones de hombres que antes convivían dentro de los confines húngaros. Dentro de la Hungría pre-bélica había minorías no húngaras: pero las amputaciones del territorio húngaro decididas con este

pretexto por el tratado de Trianón han sido excesivas. Han resuelto aparentemente la cuestión de las minorías alógenas de Hungría; mas han creado la cuestión de las minorías húngaras de Checo-Eslavia, Yugo-Eslavia y Rumanía. Estas tres naciones, naturalmente, no quieren que se hable siquiera de una revisión del tratado que las beneficia. La posibilidad de que Hungría reivindique algún día sus tierras y sus hombres las mantiene en constante alarma. Y Hungría, a su vez, aguarda la hora de que se le haga justicia. Nitti escribe a este respecto: Hungría es, entre los países vencidos, aquel que tiene el más profundo espíritu nacional: nadie cree que el pueblo húngaro, orgulloso y persistente, no se levante de nuevo; nadie admite que Hungría puede vivir largamente bajo las duras condiciones del tratado de Trianón. Y, desde el cardenal arzobispo de Budapest hasta el último campesino, nadie se ha resignado al destino actual. El problema húngaro, en suma, se presenta como uno de los que más sensiblemente amenazan la paz de Europa. El tratado de Trianón no interesa directamente sólo a Hungría y la Pequeña Entente. Interesa, igualmente, a Italia que tiende a una cooperación con Hungría; pero que es contraria a una eventual restauración de la unión austro-húngara. La historia de la gran guerra enseña, además, que cualquiera de los intrincadísimos conflictos de esta zona de Europa puede ser la chispa de una conflagración europea.

Europa siguió muy atentamente la política húngara durante el experimento comunista de Bela Kun. Hungría era entonces un foco de bolchevismo en el vértice de la Europa central y oriente. El problema húngaro se ofrecía grávido de peligros para el orden de Occidente. Ahogada la revolución comunista, languideció el interés europeo por las cosas húngaras. Los ecos del "terror blanco" lo reanimaron todavía por un período más o menos largo. Pero, durante este tiempo, la atención fue menos unánime. A las clases conservadoras de Europa no les preocupaba absolutamente la truculencia de la reacción húngara. El método marcial del almirante Nicolás Horthy contaba de antemano con su aprobación.

El almirante Horthy ejerce el gobierno de Hungría desde esa época. Su gobierno parece tener en un puño al pueblo magiar. ¿Qué otra cosa puede importar, seriamente, a la clase conservadora de Europa? Existe, es cierto, en Hungría, una crisis financiera que compromete muchos intereses de la finanza internacional. Hungría molesta un poco con el espectáculo de su bancarrota y de su pobreza. Pero para estas cuestiones menores tienen las potencias vencedoras a la Sociedad de las Naciones.

* * *

Horthy gobierna Hungría con el título de Regente. Hungría es,

teóricamente, una monarquía. El almirante Horthy guarda su puesto al rey. Pero también esto es un poco teórico. Cuando en marzo de 1921 el rey Carlos, coludido con los hombres que gobernaban entonces en Francia, se presentó en Budapest a reclamar el poder. Horthy rehusó entregárselo. Su resistencia dio tiempo, para que las protestas de la Pequeña Entente, de Italia y de Inglaterra —que, de otro lado, se habrían encontrado ante un hecho consumado— actuasen eficazmente contra esta tentativa de restauración. La Regencia de Horthy, por consiguiente, es una regencia bastante relativa.

¿A qué categoría, a que tipo de gobernantes, de la Europa contemporánea pertenece este almirante? Su clasificación no resulta fácil. Horthy no tiene similitud con los otros hombres de gobierno surgidos de la crisis post-bélica. No es un condottiero dramático de la reacción como Benito Mussolini. No es un estadista nato como Sebastián Benes. Es un marino y un funcionario del antiguo régimen austro-húngaro a quien la disolución del imperio de los Hapsburgo y la caída de la república de Bela Kun, han colocado a la cabeza de un gobierno. El azar de una marca histórica lo ha puesto donde está. Todo su mérito —mérito de viejo marino— consiste en haberse sabido conservar a flote después del temporal. Por algunos rasgos de su personalidad, se emparenta extrañamente a la estirpe de los caudillos hispano-americanos. Por otros rasgos, se aproxima a la especie de los déspotas asiáticos. En todo caso, es un gobernante balcánico más bien que un gobernante occidental.

Un documento instructivo acerca de su psicología es la crónica de la aventura de marzo de 1921 escrita por Carlos de Hapsburgo. Esta crónica, —dictada por Carlos a su secretario Karl Werkmann y publicada recientemente en un volumen de notas o memorias del difunto emperador— proyecta una luz muy viva sobre la figura de Horthy y las causas del fracaso de la tentativa de restauración. Carlos cuenta cómo, después de haber atravesado en automóvil la frontera, munido de un pasaporte español, arribó a Steinamanger al palacio del arzobispo, a donde acudieron a rodearlo solícitos el coronel Lehar y otros personajes legitimistas. Confiado en la autoridad y la divinidad de su linaje, el heredero de los Hapsburgo, sentía ganada la partida. No podía suponer a su vasallo Horthy capaz de negarse a devolverle el poder. De Steinarnanger prosiguió viaje a Budapest en automóvil. Y, de improviso y de incógnito, traspuso el umbral del palacio regio. Una gran decepción lo aguardaba. En los semblantes de los pocos presentes notó hostilidad. Horthy lo recibió consternado. La entrevista duró dos horas. Fue una lucha por el poder — escribe Carlos— en la cual él, "desarmado frente a Horthy, tuvo que sucumbir, malgrado sus desesperados esfuerzos, a la infidelísima, traidora,

y baja avidez del regente". Horthy comenzó por preguntar a su soberano qué cosa le ofrecía si le dejaba el gobierno. El heredero de la corona apenas podía creer lo que oía. Fingió haber comprendido mal. El Regente precisó categóricamente su pregunta: "¿Qué me da S. M. en cambio?" Este vulgar mercado nauseó al ex-emperador. Le dejó sin embargo ánimo para decir a Horthy que sería "su brazo derecho". Mas el regente no era hombre de contentarse con una metáfora. Exigió una promesa más concreta. Carlos le prometió, sucesiva y acumulativamente, la confirmación del título de Duque que él mismo se había otorgado, el comando supremo del ejército y de la flota y el toisón de oro. Pero todo esto no fue suficiente para inducir a Horthy a retirarse. Se lo vedaba —decía— su juramento a la asamblea nacional. Combatiendo sus aprensiones, Carlos le aseguró que su reposición en el trono no traería ninguna grave molestia internacional. Le reveló que contaba con la palabra de un autorizadísimo personaje francés. El regente quiso conocer el nombre de este personaje. Declaró que este nombre, si realmente era autorizado, podía inducirlo a ceder. A instancias del rey, se comprometió a guardar el secreto y a rendirse ante la decisiva revelación. El monarca pronunció el misterioso nombre. Mas nuevamente Horthy encontró una evasiva. No estaba aún madura la situación —decía— para la vuelta de Carlos a su trono. De incógnito, como había entrado, Carlos salió del palacio y de Budapest. En Steinamanger, lo esperaba ya la noticia de que el gobierno había dado órdenes para obligarlo a abandonar Hungría.

* * *

¿Cómo escaló Horthy el poder? La historia es bastante conocida. La victoria aliada no sólo produjo en Austria-Hungría, como en Alemania, el derrumbamiento del régimen. Produjo, además la disgregación del imperio, compuesto de pueblos heterogéneos a los que una prolongada convivencia, bajo el señorío de los Hapsburgo, no había logrado fusionar nacionalmente. Hungría se independizó. El conde Miguel Karolyi asumió el poder con el título de presidente de la república. Su gobierno se apoyaba en los elementos demócratas y socialistas. Karolyi, que procedía de la aristocracia magiar, tenía una interesante historia de revolucionario y de patriota. Pero la política de las potencias vencedoras no le consintió durar en el poder. La revolución húngara se hallaba frente a difíciles problemas. El más grave de todos era el de las nuevas fronteras nacionales. El patriotismo de los húngaros se rebelaba contra las mutilaciones que la Entente había decidido imponerle. En la imposibilidad de suscribir el tratado de paz que sancionaba estas mutilaciones, Karolyi resignó el poder en manos del partido social-democrático. Los leaders de este partido pensaron que, atacados de un lado por los reaccionarios y de otro por los comunistas, no tenían ninguna chance de mantenerse en el poder. Resolvieron, por tanto,

entenderse con los comunistas. El partido comunista húngaro, dirigido por Bela Kun, era muy joven. Era un partido emergido de la revolución. Pero había conquistado un gran ascendiente sobre las masas y había atraído a su flanco a la izquierda de la social-democracia. Los social-democráticos, aconsejados por estas circunstancias, aceptaron el programa de los comunistas y les entregaron la dirección del experimento gubernamental. Nació, de este modo, la república soviética húngara. Bela Kun y sus colaboradores trabajaron empeñosamente, durante los cuatro meses que duró el ensayo, por actuar su programa y construir, sobre los escombros del viejo régimen, el nuevo Estado socialista. La gran propiedad industrial fue nacionalizada. La gran propiedad agraria fue entregada a los campesinos organizados en cooperativas. Mas todo este trabajo estaba condenado al fracaso. El partido comunista, demasiado incipiente, carecía de preparación y de homogeneidad. Al partido social-democrático, que compartía con él las funciones del gobierno, le faltaban espíritu y educación revolucionarias. La burocracia sindical seguía, desganada y amedrentada, a Bela Kun. Y, sobretodo, la Entente acechaba la hora de estrangular a la revolución. Checo-Eslavia y Rumanía fueron movilizadas contra Hungría. La república húngara se defendió denodadamente; pero al fin resultó vencida. Derrotado por sus enemigos de fuera, el comunismo no pudo continuar resistiendo a sus enemigos de dentro. Los social-democráticos pactaron con los agentes de la Entente. A cambio de la paz, la Entente exigía la sustitución del régimen comunista por un régimen democrático-parlamentario. Sus condiciones fueron aceptadas. Bela Kun dejó el poder a los leaders social-democráticos. No pudieron éstos, empero, conservarlo. La ola reaccionaria barrió en cuatro días el endeble y pálido gobierno de la social-democracia. Y colocó en su lugar al gobierno de Horthy. La reacción, monarquista y tradicionalista, necesitaba un regente. Necesitaba también un dictador militar. Ambos oficios podía llenarlos un almirante de la armada de los Hapsburgos. Su gobierno duraría el tiempo necesario para liquidar, con las potencias de la Entente, las responsabilidades y las consecuencias de la guerra y para preparar el camino a la restauración monárquica.

Horthy inauguró un período de "terror blanco". Todos los actores, todos los fautores de la revolución, sufrieron una persecución sañuda, implacable, rabiosa. Una comisión de diputados británicos, encabezada por el coronel Wedgwood, que visitó Hungría en esa época, realizó una sensacional encuesta. El número de detenidos políticos era de doce mil. La delegación constató una serie de asesinatos, de fusilamientos y de masacres. Sus denuncias, rigurosamente documentadas, provocaron en Europa un vasto movimiento de protestas. Este movimiento consiguió evitar la ejecución de cinco miembros del gobierno de Bela Kun condenados a muerte.

* * *

El gobierno de Horthy inspira su política en los intereses de la propiedad agraria. Sus actos acusan una tendencia inconsciente a reconstruir en Hungría una economía medioeval. Bajo la regencia de Horthy, el campo domina a la ciudad. La industria, la urbe, languidecen. Hace tres años aproximadamente visité Budapest. Hallé ahí una miseria comparable sólo a la de Viena. El proletariado industrial ganaba una ración de hambre. La pequeña burguesía urbana, pauperizada, se proletarizaba rápidamente. César Falcón y yo, discurriendo por los suburbios de Budapest, descubrimos a un intelectual —autor de dos libros de estética musical— reducido a la condición de portero de una "casa de vecindad". Un periodista nos dijo que había personas que no podían hacer sino tres o cuatro comidas a la semana. Meses después la falencia de Hungría arribó a un grado extremo. El gobierno de Horthy reclamó la asistencia de los aliados. Desde entonces.

Hungría, como Austria, se halla bajo la tutela financiera de la Sociedad de las Naciones. Y bajo la autoridad de los altos comisarios de la banca inter-aliada

* Publicado en Variedades, Lima, 15 de Mayo de 1925.

- FRIDTJOF NANSEN, EL CABALLERO ANDANTE DE LA PAZ*

De la Sociedad de las Naciones, de sus debates y de sus fatigas, es lícito pensar y decir mal. Pero no es lícito ignorar la benemerencia de algunos hombres que en la Sociedad de las Naciones trabajan honrada y noblemente por la Paz. El doctor Fridtjof Nansen es el más eminente de esos hombres. Máximo Gorki constató una vez, en un artículo de desesperada angustia por el destino de Europa, que Nansen y Nitti pertenecían al escaso número de europeos que se esforzaban por servir los intereses morales de la Civilización Occidental. Si la Sociedad de las Naciones no se ornamentasen con algunas figuras de este rango, su crédito mundial, tan quebrantado por el precoz de-ceso del protocolo de Ginebra, sería mucho más exiguo. La colaboración de Nansen tiene para la Sociedad de las Naciones mayor importancia que la colaboración convencional y desganaada de la diplomacia de cualquier Estado.

Nansen es, en nuestra época, uno de los últimos grandes representantes de esa burguesía sólida, liberal, austera, de apariencia un poco fría, un poco seca, un poco impermeable, que Jean Cristophe, el héroe de Romain Rolland, entrevé en la ciudad suiza a donde lo arroja su tormentosa suerte. De esa burguesía de los dramas de Ibsen, protestante, nórdica, religiosa, de la que Escandinavia guarda aún la recia stirpe. De esa burguesía algo provinciana en sus sentimientos y en su estilo, según el juicio de Spengler, que no ha perdido su personalidad en el cosmopolitismo de la Urbe moderna. Nansen, sin embargo, no se contenta con ser un buen noruego, un

buen escandinavo. Sabe ser un buen europeo.

El pacifismo de Nansen se distingue del pacifismo poltrón y pasivo de la burguesía decadente, generado, sin duda, más por el miedo a la guerra que por el amor a la paz. Nansen no tienen nada de común con la gente que, enervada y arrullada por el bienestar pre-bélico, se sintió voluptuosamente tolstoyana y humanitaria después de haber gustado, como un opio raro y nuevo, en el mórbido lecho de una horizontal, la filosofía del autor de *La Guerra y la Paz* y *La Sonata de Kreutzer*. El pacifismo de Nansen es un pacifismo militante, combatiente, activo.

Este hombre fuerte y severo no ha peleado en la guerra: pero ha explorado el Polo Norte. En plena paz, cuando la mayoría de los europeos quería vivre *aves douceur*, este escandinavo quiso vivir con peligro. No se alistó en los tercios de ninguna de las naciones que expoliaban y asesinaban a los indígenas de Asia o de África. Puso su vida al servicio de una aventura más alta. Se enroló en las legiones lanzadas con la curiosidad científica a la desinteresada conquista de los secretos del planeta. Fridtjof Nansen desafió la muerte durante tres años, entre los témpanos de hielo de la región ártica, buscando el eje de la Tierra. No llegó al mismo Polo; pero franqueó el paso a sus descubridores. Abrió una ruta nueva hacia el misterio que la ciencia ambicionaba conocer. Sufrió en su carne y en su alma el silencio gélido de la noche polar. Vivió el drama del hombre primitivo. Luchó ciclópeamente con las avalanchas heladas. Se perdió entre los ventisqueros. Plantó su tienda donde nadie antes que él había arribado.

En un libro, *Hacia el Polo*. Nansen ha contado esta aventura de tres años que inscribe definitivamente su nombre en la historia de la civilización occidental. Este diario de viaje, que no ha tenido un empresario yanqui como la novela del mendaz profesor Fernando Ossendovsky, es uno de los relatos, es uno de los documentos más interesantes de nuestra época, de su afán de investigación y de su sed de conocimiento.

Fridtjof Nansen habría podido conformarse con esta aventura, habría podido sentarse a digerir, burocráticamente, su gloria, en la cátedra de una Universidad o en el escaño de una Real Sociedad Geográfica. Pero prefirió seguir siendo un caballero andante. Prefirió conservar su aire y su gesto de explorador y de pioner. Su pacifismo heroico, su humanitarismo beligerante, lo empujaron, por ejemplo, hacia la Cruz Roja.

Le tocó a Nansen, hace tres años, en una de estas caballerescas andanzas de su quijotismo liberal y escandinavo, representar, como se ha dicho de Sadoul, "un instante de la conciencia humana". Nansen vio, oyó y palpó la

tragedia del hambre en Rusia. Viajó por las regiones devastadas por la sequía. Asistió a las más consternadoras escenas de agonía y miseria. Y se echó a andar por el mundo civilizado para comunicar a las gentes su propia emoción. Habló en todas las grandes urbes de Occidente contando lo que en Rusia acontecía. Veinte millones de hombres estaban en peligro de morir de hambre. La causa de su miseria era un fenómeno tísico: una sequía. La responsabilidad del peligro no recaía sobre los hombres que gobernaban la nación rusa. Recaía, más bien, sobre los gobiernos extranjeros que, por odio a estos hombres y a sus ideas, habían impuesto a esa nación el duro castigo de tres o cuatro años de bloqueo.

Para salvar de la muerte a veinte millones de hombres, Nansen pedía a los gobiernos del mundo sólo cinco millones de libras esterlinas. "Apenas la mitad —remarcaba— del precio de uno de los acorazados de guerra". Y, como no se ilusionaba demasiado respecto a la sensibilidad de Europa, Nansen no se dirigía exclusivamente a los sentimientos de caridad y solidaridad humanas. Invocaba el interés económico de Europa. Recordaba que Europa no podía permitir que su más grande granero se transformase en un desierto desnudo. "Se dice y se repite —exclamaba— que a Europa no le es posible hoy pagarse el lujo de salvar a Rusia y yo respondo, con toda mi fuerza, que a Europa no le es posible hoy pagarse el lujo de dejar de salvar a Rusia".

Jugó Nansen así el rol de caudillo de una gran cruzada moderna. No fue su culpa si no lo siguieron los herederos oficiales de las cruzadas del cristianismo. Su palabra sobria, pero elocuente y profética, amenazó en vano a las naciones "civilizadas" con el juicio de la posteridad. "Pensad —decía Nansen a la multitud congregada en París, en la Sala del Trocadero, para escucharlo— pensad en lo que ha costado a los gobiernos producir la guerra que hemos visto y pensad que costaría poco en comparación salvar a millones de vidas humanas. Si nosotros permanecemos con los brazos cruzados ¿qué pensara de nosotros la historia, qué pensarán nuestros hijos, las generaciones futuras? Nos inscribirán en la historia como una generación a la que cinco años de guerra tornaron tan cruel y tan egoísta que pudo asistir, mudo el corazón, a la muerte de millones de sus hermanos". Los gobiernos, insensibles a todas estas razones, no se movieron. Nansen no consiguió para los hambrientos rusos sino el socorro privado. Las sociedades de la "Cruz Roja" y las organizaciones obreras reunieron a prisa algunos millones. Este auxilio fue impotente para salvar a toda la inmensa masa famélica y agonizante.

¿Necesita Fridtjof Nansen otros títulos para tener derecho a la gratitud y al respeto humanos? Pacifista y demócrata sincero, emplea su ancianidad ilustre en la Sociedad de

las Naciones que, no obstante su incipiente y su anemia, aparece a sus ojos azules y normandos de hombre de ciencia y de escandinavo, como un laboratorio donde, penosa pero infatigablemente, se prepara y se ensaya el arduo procedimiento que algún día dará la paz al mundo. Hombre de orden, esquivo a la política, fiel a la burguesía y a sus mitos, no lo mueve ningún sentimiento revolucionario. Lo preocupan los intereses morales de la civilización europea que su concepción idealista de la historia coloca por encima de la lucha contemporánea. Y por eso este hombre que tanto ha combatido, este hombre que ha sabido vivir peligrosamente, trabaja por la paz. Mejor dicho trabaja contra la guerra. Le parece estúpido que los hombres se maten y se hieran unos a los otros por una disputa de raza o de bandera. No sueña, por supuesto, con una humanidad beatamente poltrona. Su vida es un ejemplo de vida beligerante. Y un testimonio magnífico de que el heroísmo de un hombre civilizado no necesita como escenario una sombría trinchera ni como motivo una oscura, en todo caso, mediocre razón de Estado.

 * Publicado en Variedades, Lima, 30 de Mayo de 1925

- LA ESCENA CHECOESLOVACA*

El Estado de Masarick y Benes aparece, ante todo, como una consecuencia política de la gran guerra. O, más precisamente, de la derrota austro-alemana. El nacimiento del Estado checoslovaco ha sido una de las principales fases o etapas de la disolución del Imperio de los Hapsburgos.

La espada aliada cortó los lazos que unían, bajo la corona de los Hapsburgos, a pueblos de diverso origen y distinta raza. Estos pueblos, en su obligada convivencia dentro del Imperio, no habían perdido su sentimiento nacional. Pero tampoco habían sabido, antes de la guerra, afirmarlo eficazmente frente al poder austriaco. El pueblo húngaro, el que más enérgicamente había reivindicado siempre su libertad, había conquistado cierto grado de autonomía administrativa. Su antigua inquietud secesionista estaba enervada. El sentimiento nacional de húngaros, bohemios, etc., no tenía un carácter beligerante y combativo sino en una minoría más o menos romántica.

La guerra provocó una viva reacción de este sentimiento. Los sufrimientos y las penurias de una empresa que se prolongaba angustiosamente, con creciente incertidumbre de los austro-alemanes sobre su éxito final, generaron en los sectores alógenos del Imperio de los Hapsburgos un difuso y extenso descontento contra la política de la monarquía. La predicación democrática de Wilson, y, sobre todo su doctrina del derecho

del libre determinación de las nacionalidades, encontraron, en consecuencia, un terreno favorable a la fructificación de los ideales nacionalistas que se proponían suscitar en el heterogéneo conglomerado austro-húngaro.

Mas, desatado el haz austro-húngaro, resultó prácticamente imposible la libre agrupación de sus elementos según sus afinidades. Las potencias aliadas querían que la nueva organización de la Europa Central no contrariase, absolutamente, ninguno de sus intereses de predominio. Necesitaban que en esa nueva organización ocupasen una posición dominante los pueblos que más eficiente y conspicuamente las habían ayudado contra la monarquía austriaca. Checoslovaquia obtuvo, por tanto, en la conferencia de la paz, un tratamiento de especial favor. Los checoslovacos consiguieron anexarse poblaciones húngaras, alemanas, ruthenas.

Esta protección no sólo se explica por el interés de la Entente de colocar al flanco de la vencida Alemania un Estado fuerte. Se explica también por la importante participación de los leaders del nacionalismo checoslovaco en el socavamiento del frente austriaco. Masarick, Benes y Stefanick, presintiendo que del resultado de la guerra dependía la independización de su pueblo, habían dirigido desde el extranjero un movimiento subterráneo de agitación contra la monarquía austríaca, destinado a producir su derrumbamiento apenas se quebrantara la esperanza de alemanes y austro-húngaros en la victoria. Desde Paris, Masarick había vivido, en los últimos años de la guerra, en constante y secreta comunicación con sus secuaces de Checoslovaquia, fomentando en los regimientos checoslovacos, mediante una sorda propaganda, sentimientos que debían moverlos a la desertión del frente austriaco. Esta agitación nacionalista checoslovaca, con la colaboración poderosa de los gobiernos aliados, había empujado a combatir al lado de la Entente a los soldados checoslovacos hechos prisioneros por sus ejércitos.

* * *

Masarick y Benes pertenecen, pues, típicamente, a la categoría de hombres de Estado emergida de la post-guerra. Heteróclita y varicolor categoría de la que forman parte, de un lado, los leaders del Estado bolchevique y, de otro lado, Mussolini, Pilsudskv, Horthy, etc. Hasta el día de la victoria aliada, Masarick y Benes no fueron —sobre todo en concepto de la monarquía austriaca— sino dos obcecados agitadores. Dos hombres negligibles en el plano de la política europea. La victoria aliada los convirtió, de golpe, en los conductores de una nación de trece millones de

hombres. O sea en personajes bastante más con-siderables que el ex-emperador Carlos de Hapsburgo y que sus cancilleres.

Más conocido que Banes era Masarick. De su historia y de su figura, mucho más antiguas, se tenía difusa noticia en todos los sectores de la internacional socialista.

Hijo de un cochero de Moravia, Masarick se destacó, desde su batalladora juventud, en el seno de la social-democracia checa. Su inteligencia y su dinamismo le abrieron las puertas de la Universidad de Praga. Su posición frente a la monarquía austriaca le valió varios procesos por delitos contra la seguridad del Estado. En esos tiempos Masarick escribió un libro de crítica marxista que hizo notorio su nombre en las revistas y periódicos de la social-democracia europea: *Die philosophischen und soziologischen Grundlagen des Marxismus*.

Pero la notoriedad de Masarick no traspasó, en esos arduos tiempos de combate, los confines del mundo social-democrático. En los parlamentos, en las academias y en los grandes rotativos, el nombre del profesor Th. G. Masarick, autor de varios ensayos sobre el marxismo, era completamente desconocido. Le correspondía a la guerra descubrirlo y revelarlo. Y transformarlo en el nombre del presi-dente de una imprevista República checoslovaca.

* * *

Por su rol en la creación de Checoslovaquia le tocó a la social-democracia checoslovaca asumir, en colaboración con los elementos liberales de la burguesía nacional, la responsabilidad no siempre honrosa y no siempre fácil del poder. La asamblea nacional elevó a la presidencia de la nueva república al profesor Masarick. La política y la legislación del Estado checoslovaco se decoraron de principios social-democráticos. El Estado checoslovaco se caracterizó por su necesidad de mostrarse como uno de los Estados europeos más avanzados en materia de legislación social. Bajo la presión de las masas, la política del Estado checoslovaco hizo varias concesiones a las reivindicaciones proletarias. La mayor de todas fue, acaso, la aceptación de la fórmula de los Consejos de Empresa, que significa un paso hacia la participación de los obreros en la administración de las fábricas.

Esta tendencia no ha sido abandonada. El Instituto Checoslovaco de Estudios Sociales, en un reciente opúsculo sobre la política social en Checoslovaquia, dice: "Checoslovaquia rivaliza con los estados más

progresistas de Europa en cuanto concierne a la protección de los obreros, los seguros sociales, la asistencia a los sin trabajo, a los inválidos de guerra, a los niños, a los indigentes, la lucha contra la crisis de los alojamientos, etc. En ciertas materias de política social sus leyes van más allá de las exigencias de las convenciones internacionales. Pero no quiere detenerse en tan buen camino; sabe que el progreso —en los límites compatibles con la prosperidad económica del país— debe ser incesante".

Mas la acción de la social-democracia en Checoslovaquia ha estado paralizada por las mismas razones que en Alemania. La social-democracia checoslovaca, forzada a colaborar con la burguesía, se ha comprometido con sus ideas, sus intereses y sus hombres. La constatación de esta progresiva adaptación del partido socialista checoslovaco al mundo burgués, causó en 1920, como en los otros partidos socialistas de Europa, un cisma en su estado mayor y en su proselitismo. La izquierda de la social-democracia se pronunció por una política revolucionaria, fiel al principio de la lucha de clases. Y su tesis alcanzó el congreso del partido el ochenta por ciento de los votos de los delegados. La escisión dividió a la social-democracia en dos partidos: uno ministerial y otro revolucionario. Este último se adhirió en mayo de 1921 a la Tercera Internacional. Es, presentemente, no obstante las depuraciones que ha sufrido, uno de los más vigorosos partidos comunistas de Europa. Tiene un numeroso grupo parlamentario. Y publica tres diarios.

La más trascendente de las reformas actuadas por el gobierno checoslovaco es la de la propiedad de la tierra. La ley de abril de 1919 establece el derecho del Estado a confiscar la gran propiedad agraria y a repartirla entre los campesinos pobres. Esta ley considera la posibilidad o la conveniencia de crear, en otros casos, cooperativas agrícolas. Según los datos que tengo a la vista del "Annuaire du Travail", hasta el 31 de diciembre de 1921, el Estado había confiscado el 16.3% de la superficie total de las tierras de cultivo. La confiscación reconoce al terrateniente expropiado el derecho a una indemnización calculada conforme al valor de la tierra entre 1913 y 1915. Le reconoce, además, el derecho de conservar la propiedad hasta de quinientas hectáreas.

Este lado de la política checoslovaca es el que atrae, preferentemente, la atención de los estudiosos de asuntos económicos y políticos. El gobierno de Masarick ha aplicado con parsimonia la ley agraria. La ha aplicado, sobre todo, contra los latifundistas alemanes y húngaros, movido por un sentimiento nacionalista. La mayor parte de la propiedad agraria continúa en manos de los ricos terratenientes. Pero la sola ley representa una conquista revolucionaria que ningún acontecimiento reaccionario podrá ya

anular. Esa ley no inaugura en Checoslovaquia un régimen socialista. Más líquida, por lo menos, un rezago del régimen feudal.

* Publicado en Variedades, Lima, 13 de Junio de 1925.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El archivochile.com no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)